

*Texto entregado en el ingreso como Académico Correspondiente

**La política exterior de los Estados Unidos
en los tiempos de Barack Obama:
¿el Imperio en retirada?**

Javier Rupérez

- 0. A modo de introducción.**
 - 1. Doctrina y concepto: el “obamismo”.**
 - 2. Los arcos de la crisis.” Af-Pak”; Irak; Israel y Palestina; el Norte de África y las “primaveras árabes”; la lucha contra el terrorismo, Mali y Bengazi.**
 - 3. La competición estratégica. China. El Pacífico. Rusia.**
 - 4. Las zonas traseras. Europa. América Latina. África.**
 - 5. Una mirada hacia España.**
 - 6. Dramatis Personae.**
-

- 0. A modo de introducción.**

El texto que a continuación sigue forma parte de una reflexión abierta sobre la política exterior americana en los tiempos del Presidente Barack Obama y se incluye y se inspira en los varios escritos que el autor ha dedicado al tema y de los que se dan cumplida cuenta en la Breve Bibliografía que se encuentra al final del ensayo. Es por ello comprensible que se trate de una reflexión “in fieri” que ha querido tener cuenta de los últimos acontecimientos tanto como de las tendencias discernibles ya en el comportamiento de los responsables americanos en ese terreno pero que por fuerza no puede ofrecer una análisis definitivo de la época y del personaje que la define hasta que su ciclo presidencial se cierre en 2016.

La realidad internacional, de otro lado, es harto cambiante, y más en los tiempos posteriores a la Guerra Fría y, si se quiere, a los ataques terroristas contra los Estados Unidos del 11 de Septiembre de 2001. En consecuencia su manejo, tanto más si se trata del proveniente de la primera potencia mundial, debe reconocer la fluidez de las circunstancias y la dificultad de someterlas a criterios previamente establecidos, más allá de ciertos límites inexcusables. Que en este caso concreto tienen que ver con la estructura constitucional de los Estados Unidos, los valores que en ella están reflejados y la permanente sensibilidad hacia ellos por parte del aparato institucional americano y de su misma opinión pública. El resultado, como se podrá fácilmente imaginar, es una nueva versión de lo que tradicionalmente se ha venido conociendo, y muchas veces denigrando, como “realpolitik”: el acomodo de lo que se quiere hacer a lo que se puede hacer. O si se quiere el contratipo del maximalista “fiat iustitia ut pereat mundus”.

A su manera Barack Obama, que responde a condicionamientos ideologizados de los que más abajo se ofrece puntual noticia, ha ido también evolucionando hacia parámetros de realismo sin por ello olvidar sus premisas fundamentales: los Estados Unidos debieran aparecer como una potencia amable en un contexto en el que ya es previsible contemplar lo que políticos y analistas califican como “mundo post americano” –y que para el gusto del que estas líneas escribe es menos tal de lo que esos políticos y analistas pretenden- y en consecuencia plegarse a una adquirida humildad del que ya no lo puede todo y debe limitarse a “conducir desde el asiento trasero”.

Esa filosofía, como se verá, ha tenido no pocos embates y forzadas correcciones pero en la fundamental, y ya bien entrado en segundo cuatrienio del Presidente Obama, sigue manteniendo, al menos en la fachada, su vigencia. Si hubiera que resumir en pocas líneas el alcance actual y visible de esa visión reduccionista se podría articular en tres sencillos puntos.

En primer lugar, los Estados Unidos no tienen porqué hacer suyos todos los conflictos y problemas que en el mundo existen.

En segundo lugar, muchos de esos conflictos tienen poca o nula solución a corto plazo.

Y en tercer lugar, bien harían los Estados Unidos en limitarse a profundizar sus relaciones con aquellos países que realmente quieren profundizar amistosamente las suyas con los Estados Unidos.

Como se verá esos elementales principios no siempre coinciden con los deseos o con las planificaciones estratégicas de la Casa Blanca de Barack Obama. Pero no es esa la única mansión ejecutiva sometida a tensiones y a contradicciones. De otro modo no estaríamos hablando de política exterior sino del sexo de los ángeles.

1. Doctrina y concepto: el “obamismo”

El primer objetivo de la política exterior de los Estados Unidos bajo la presidencia de Barack Obama, ha sido, y en gran parte sigue siendo, distanciarse de la practicada bajo los tiempos de su antecesor en la Casa Blanca, George W. Bush. Obama había construido la plataforma electoral que le llevó a la presidencia en 2008 bajo un prisma de regeneración nacional que, en lo exterior como en lo interior, incluía una nueva visión de América teñida no tanto en términos positivos sino en su explícita voluntad de construir el contratipo de lo que en el imaginario demócrata habían ofrecido los ocho años anteriores: conflicto, guerras, crisis económica, unilateralismo, imposición imperial. Frente a la América “antipática” del segundo Bush la presidencia Obama

deseaba asentar la imagen, y eventualmente la realidad, de una potencia, amable, multilateral, colaboradora, dispuesta a entablar dialogo con amigos y adversarios, pacifista y constructiva, de la que nada habría que temer. La ola de asentimiento universal con la que Obama fue saludado en su llegada a la presidencia de los Estados Unidos correspondía en gran parte con los propósitos y la misma gestualidad del candidato triunfador. Los desgarros nacionales e internacionales, sobre todo estos últimos, que había provocado la invasión y posterior guerra de Irak debían quedar archivados en una nueva era de entendimiento y diálogo. Que naturalmente incluían, como pronto dejó ver la nueva administración, una voluntad explícita de acercamiento y mejora de relaciones con el mundo musulmán. En el catálogo de las nuevas y buenas intenciones de la administración Obama cabían también otras y relacionadas proyecciones: un replanteamiento de las relaciones con Rusia; una reevaluación de las relaciones con el China, el gran competidor estratégico; un mayor énfasis “civil” en la guerra contra el terrorismo, que incluso pierde el nombre genérico de “war on terror” con que había sido bautizada bajo Bush hijo tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001; por supuesto el cierre de Guantánamo; y en la práctica, aunque no en la teoría, el abandono de los propósitos democratizadores que habían guiado muchos de los empeños internacionales de su antecesor. Aunque en algún aspecto resultara contradictorio con el resto de sus declaradas intenciones, Obama no quería convertir el mundo en la imagen y semejanza de la democracia occidental, confiando los esfuerzos del “nation building”, que tan presentes habían estado en la política exterior de George W. Bush, al plano puramente doméstico americano. Decididamente el diseño Obama para la política exterior americana incluía una voluntad implícita de retraimiento, un no confesado convencimiento –tan próximo a la izquierda intelectual americana- de que los Estados Unidos se encontraban ya en declive -el mundo “post americano” de que tantos hablan ya desde hace algún tiempo, aunque no acabe de cristalizar- y una manifiesta decisión de obtener las consecuencias: menos aventuras exteriores, menos participación en conflictos ajenos, reducida capacidad para seguir jugando el papel de garante universal de la paz y de la estabilidad. Lo paradójico del caso, y cuando ya se han cumplido los cuatro años del primer mandato Obama y tras su reelección el 6 de Noviembre de 2012 ha comenzado ya hace varios meses su segundo y último

cuatrienio al frente de los destinos del país, es que, sin apenas merma de su popularidad internacional -aunque sí, y grande, de la doméstica- la política exterior de los Estados Unidos, a impulsos de la mal percibida realidad o como consecuencia de acontecimientos no por inesperados menos previsibles –como la sucesión de “primaveras árabes” en el Oriente Medio y en el Norte de África- ha acabado por parecerse bastante a la predicada y practicada por George W. Bush. Que es tanto como decir a la predicada y practicada por el “establishment” internacional americano en prosecución de los percibidos como intereses nacionales desde tiempos casi inmemoriales. Los intereses correspondientes a una gran potencia –la única en estos momentos subsistente y digna de tal nombre- que por circunstancias varias ha hecho de la exportación de un cierto sentido de la estabilidad el punto central de su dimensión tanto interior como exterior.

Obama hizo de su oposición a la guerra en Irak uno de los puntos principales de su agenda personal y política desde en los tiempos en que era todavía un senador estatal en Illinois. El 2 de Octubre de 2002, en una manifestación contra la guerra celebrada en Chicago, el que luego sería Presidente de los Estados Unidos dijo que “no se oponía a cualquier guerra, sino a las guerras que no tenían sentido”. Añadió que Saddam Hussein, con todas sus terribles características, no significaba una amenaza estratégica contra los intereses americanos y que en consecuencia se oponía a una aventura bélica de la no se conocían “duración, coste o consecuencias”. Obama, a diferencia de otros muchos políticos americanos, entre los que cabe contar a Hillary Clinton y a John Kerry, había tomado tempranamente una posición de principio que le permitió afirmar con coherencia, antes de las elecciones presidenciales y ya llegado a la Casa Blanca, su propósito de acabar con el conflicto en Mesopotamia y proceder a la retirada de las tropas allí destacadas. Pronto la visión de Obama sobre los compromisos bélicos de los Estados Unidos que él hereda se traduciría en la distinción establecida entre las guerras de “elección” –las que uno elige y desencadena, las perversas, las innecesarias, Irak- y las de “necesidad” –las que vienen impuestas por la agresión exterior, las inevitables, las que hay que pelear, Afganistán-.

Pero con certeza, y de manera harto inesperada, donde Obama se vio confrontado con la urgencia de describir su papel como Presidente de los Estados Unidos de América y Comandante en Jefe de sus ejércitos fue con ocasión de la concesión a su persona del Premio Nobel de la Paz en el año 2009. La misma concesión del premio era en algún sentido un regalo tan brillante como envenenado. Apenas llegado a la Casa Blanca y sin demasiado tiempo para poner en práctica sus políticas queridamente renovadoras y pacificadoras, el comité Nobel, residenciado en Oslo, la capital noruega, le otorga una distinción que era tanto un compromiso para el futuro como sobre todo un rechazo del pasado. No era difícil leer en la intencionalidad del premio la voluntad nórdica de castigar de manera casi explícita las políticas internacionales de George W. Bush. Y en el choque entre los deseos y la realidad, entre lo que querían los que conceden el premio y lo que su beneficiario debe describir como sus obligaciones, Obama escoge afrontar de frente la condición de Presidente de los Estados Unidos a la que ha jurado servir y pronuncia uno de sus mejores discursos, quizás aquel que hubiera querido evitar. Es el discurso del presidente de una nación en guerra que frente a los pacifistas profesionales y bienintencionados del apreciado premio, y no sin un punto de corrección en el propósito, describe con desgarramiento las grandezas, miserias y dilemas de su tarea.

El comité noruego del Nobel de la Paz no había escatimado elogios al considerar que Barack Obama merecía el reconocimiento “por sus extraordinarios esfuerzos para reforzar la diplomacia internacional y la cooperación entre los pueblos...por haber creado un nuevo clima en las relaciones internacionales...dar un nuevo protagonismo a la diplomacia multilateral... por haber sabido atraer la atención universal y ofrecer una esperanza de un mejor futuro para su pueblo como raramente ninguna otra persona antes lo había conseguido”. El 10 de Diciembre de 2009, en el discurso de aceptación del premio Obama se muestra, como por otra parte era obligado, agradecido, sorprendido y humilde para sin solución de continuidad recordar que es el Comandante en Jefe de las fuerzas armadas de un país con dos guerras en curso, en donde sus soldados “matan y mueren”, y que como tal su obligación, a la que está obligado bajo juramento, es la de “proteger y defender mi nación” para lo cual no puede guiarse exclusivamente por los ejemplos de la no violencia predicados por Gandhi y Martin Luther King. Porque “miro al mundo tal cual es y no puedo permanecer inmóvil ante las

amenazas que acechan al pueblo americano". Y añade: "No nos equivoquemos. El mal existe en el mundo. Un movimiento no violento no podía haber detenido a los ejércitos de Hitler. Las negociaciones no pueden convencer a Al Qaida que abandone las armas. Decir que la fuerza puede a veces ser necesaria no es una llamada al cinismo. Es un reconocimiento de la historia, de las imperfecciones del hombre y de los límites de la razón". De manera pues involuntaria, y confrontado a unas paradójicamente agradables circunstancias, Obama se ve forzado a construir una narrativa de política exterior donde por supuesto brilla su idealismo inicial pero en el que al mismo tiempo y con contundencia entran consideraciones sobre la paz y la guerra, sobre el precio que los Estados Unidos han debido pagar para mantener en el mundo estabilidad y libertad, sobre los derechos humanos y su carácter imprescriptible. Quizás el catálogo mas completo, en su extensión, contradicciones, matices y dilemas, de lo que a la postre pudiera ser considerado como la doctrina Obama para la política exterior de los Estados Unidos. El "obamismo". Aunque sus pautas no hayan sido siempre las seguidas por su inspirador y sus colaboradores, la literalidad de su texto fue saludada con casi idéntico entusiasmo por las izquierdas y por las derechas americanas y mundiales. Señal de que, para estos, los conservadores, las cosas no habían cambiado tanto como al principio pensaron o temieron. Y señal para aquellos, los progresistas de toda laña, de que la esperanza no estaba del todo perdida. En cualquier caso, un gran discurso.

Por su alcance, longitud y propósito comparable al que el Presidente Obama pronunció en la Universidad de El Cairo el 4 de Junio del mismo año de 2009, pocos meses antes de acudir a Oslo para recibir el Premio Nobel de la Paz. En El Cairo, y con una voluntad transparente, Obama elige dirigirse al mundo islámico y lo hace en tonos abiertamente conciliadores. En el trasfondo, y apenas sin mencionarlo, están los malentendidos surgidos entre América y el mundo musulmán como consecuencia de la invasión de Irak, a la que el Presidente americano dedica un párrafo que se quiere algo exculpatorio: los iraquíes están mejor sin Saddam Hussein pero America actuó erróneamente al derrocarlo sin contar con el consenso de la comunidad internacional.

El texto contiene una enumeración binaria del largo compendio de intereses y reproches mutuos y no excluye la mención de los temas mas candentes en ese contexto: los derechos de las mujeres, el conflicto israelí palestino, los riesgos de proliferación nuclear que plantea Irán, las amarguras derivadas de los atentados del 11 de Septiembre, la validez universal de los derechos humanos. Pero lo que queda de la ocasión no es tanto el contenido sino el tono y la voluntad: el nuevo Presidente de los Estados Unidos había escogido la capital egipcia para anunciar su deseo de congraciarse con el mundo islámico en términos que para algunos de sus críticos parecieron como excesivamente benevolentes e incluso un punto serviles. Los recuerdos de infancia, en donde confluyen inevitablemente aspectos familiares y locales de raíz musulmana, las repetidas y reverenciales citas del Corán, el hecho de que el viaje al Cairo no fuera seguido o complementado por otro a Israel contribuyeron a configurar un cuadro en el que observadores críticos encontraron tema para la cautela. Todavía hace pocos meses, en los debates electorales entre Obama y Romney de 2012, éste le reprochaba a aquel la realización de un “viaje penitencial” en el que se habría dedicado a pedir perdón a los países musulmanes por los errores cometidos y del que la etapa de El Cairo habría constituido ejemplo central. Además del hecho, mas tarde comprobable, que la buena voluntad derrochada en el discurso poco contribuyó a cambiar las percepciones de las opiniones públicas musulmanas, fuera cual fuera su orientación, sobre los Estados Unidos de América. Quizás porque tampoco fueron espectaculares los cambios introducidos por la diplomacia de Obama en sus tratos con los países de esa orientación. Seguramente porque la desconfianza existente entre el mundo islámico y los Estados Unidos –ampliable y semejante a la existente entre el mundo islámico y el occidental- tiene raíces profundas y de momento en gran parte insolubles. En cualquier caso el discurso de El Cairo, que ciertamente no pudo haber producido mucha satisfacción en los oídos de la elite cívico militar que todavía gobernaba el país bajo la férrea conducción de Hosni Mubarak, fue pronunciado cuando éste, que no podía sospechar el poco tiempo que le restaba en el poder, seguía siendo considerado como un fiel aliado de Washington y puntal indispensable para el mantenimiento de la estabilidad en la zona. No fue fácil para Obama en Febrero de 2011, y cuando las manifestaciones populares de la Plaza Tahir

en el Cairo eran ya muestras incontrovertibles de la fragilidad del régimen, llamar a Mubarak y urgirle la retirada. En el fondo el tiempo se cerraba sobre si mismo: Mubarak, como antes el Sha de Irán en los tiempos de Jimmy Carter, había sido el “buen sátrapa”, garante de la estabilidad y ante el que merecía la pena cerrar los ojos y olvidar sus duras políticas domésticas. La contradicción servía mientras no denunciara nadie la sustancia del engaño. No era la primera vez, ni sería la última, que la política exterior americana debía intentar cohonestar la altura de sus principios con la realidad de los hechos sobre el terreno. Dos años después del discurso en la universidad caiota, la prédica benefactora de Obama, confiada en el mantenimiento del “statu quo”, no tenía más remedio que responder a las demandas liberalizadoras de una calle musulmana. Precisamente aquella a la que él había intentado convencer de las ventajas de la democracia. Como dice el dicho anglosajón “ten cuidado con tus deseos: se pueden convertir en realidad”.

Lo paradójico de la situación es que apenas cumplidos dos años del derrocamiento de Mubarak y pocos meses después de la elección democrática del islamista Morsi como presidente de Egipto, y cuando parecía que la diplomacia estadounidense tenía ante sí el reto de aprender a convivir con un gobierno regido por la ideología de los Hermanos Musulmanes, han sido de nuevo los militares los que han puesto término al experimento con el argumento de que Morsi conducía el país hacia el caos y la división. Es todavía temprano para adivinar el futuro de esta nueva vuelta de tuerca en lo que todavía aparecía como prometedora “primavera árabe” pero no lo es para describir el dilema al que Obama y su administración se enfrentan: la de reaprender el modo y manera de los tratos con un régimen militar –precisamente al estilo Nasser, Sadat y Mubarak- que no se distingue por el aprecio a las libertades individuales pero de cuyo comportamiento dependen factores vitales para el mantenimiento de un modicum de estabilidad en un Oriente Medio cada vez mas volátil. De ahí el cuidado con que la Casa Blanca ha evitado calificar la llegada al poder del general Sissi como golpe militar-lo que hubiera traído consigo la inmediata suspensión de la masiva ayuda anual que los Estados Unidos prestan a los egipcios- pero también la decisión de aplazar la entrega de varios aviones de combate F 16 al gobierno de El Cairo.

Y en esta complicada encrucijada Barack Obama se verá previsiblemente obligado al seguimiento de políticas que en Egipto no le granjearan las simpatías laicas o religiosas y en su cuaderno de bitácora quedarán como contrarias a sus planteamientos originarios: los Estados Unidos no pueden desentenderse del problema, ni mostrarse radicalmente contrarios a los militares y tampoco excesivamente próximos a los derrocados islamistas. ¿Entonces? Realpolitik es la respuesta. Como en los mejores tiempos del tandem Nixon-Kissinger. O de otro más próximo del que los obamitas querrían olvidar la cercanía: George W. Bush-Condoleezza Rice.

Un tercer discurso de Obama que merece atención en este intento de buscar las intenciones programáticas de su acción diplomática es el pronunciado en Praga el 5 de Abril del año 2009, a las pocas semanas de tomar posesión. No tiene el alcance retórico o político de los dos anteriormente mencionados pero alberga dos puntos de interés que merecen recordatorio. El primero es la repetida alusión a la NATO como alianza indispensable tanto en los tiempos de la Guerra Fría como en los actuales. Naturalmente el contexto es de la liberada Europa oriental, que tras soportar la dictadura del totalitarismo comunista se ve ahora plenamente integrada en las estructuras del mundo occidental. Y el subrayado de la Alianza tiene mucho que ver con el papel desarrollado por la misma en Afganistán, que por razones evidentes ocupa y preocupa al Presidente de los Estados Unidos. Pero esta es una de las pocas veces en que la mención de la NATO ocupa papel protagonista en la explicación presidencial. Naturalmente sería absurdo pretender que la diplomacia obamita la diera por olvidada o por liquidada, pero ciertamente le concede un papel de acompañamiento en un diseño estratégico que tiene otras prioridades.

Y el segundo de los aspectos reseñables del discurso de Praga, que ha tenido y sigue teniendo atención intensa en los tiempos que estas líneas cubren, es el de la lucha contra la proliferación nuclear en un contexto multilateral. Obama anuncia el propósito de su país de proceder a la reducción de sus arsenales nucleares e invita a los que los poseen para hacer lo propio, mientras de manera tan directa como obvia intenta obtener el consenso de los principales actores internacionales para poner fin pacíficamente a la nuclearización de Corea del Norte y coto a los intentos iraníes para

conseguirla. La enumeración de los instrumentos internacionales de los que Obama hace estado para ilustrar tales propósitos es prolija: el Tratado para la Reducción de Armas Estratégicas, el Tratado para la Prohibición de Ensayos Nucleares, el sobradamente conocido y no siempre respetado Tratado de No Proliferación Nuclear, la Iniciativa sobre Seguridad en contra de la Proliferación, la Cumbre Global sobre Seguridad Nuclear. A los cuales se añade también la Iniciativa Global para Combatir el Terrorismo, que tiene como punto central la urgencia de impedir que el armamento nuclear pueda caer en manos de “actores no estatales”, en la terminología onusiana, es decir de los terroristas.

Tal multiplicidad de iniciativas y propuestas han tenido destinos diversos y no siempre felices. Los acuerdos bilaterales entre Rusia y los Estados Unidos han ofrecido algún fruto en la reducción de sus respectivos arsenales nucleares, pero el intento más general de embarcar a la comunidad internacional en una acción coordinada para acabar con la anomalía de Corea del Norte e impedir que Irán llegue a consagrar la suya ha dado resultados inciertos. Al cabo de los primeros cuatro años en la Casa Blanca, y sin por ello haber abandonado los propósitos iniciales, el impulso por la desnuclearización parecía un tanto relegado a la segunda línea de las preocupaciones prioritarias mientras subsisten y se acrecientan, eso sí, las preocupaciones por el futuro en Corea del Norte e Irán. En ambos, por caminos diferentes y recetas disímiles, Washington intenta obtener soluciones negociadas que restablezcan la estabilidad en las zonas respectivas y eviten el recurso a la fuerza. Es este uno de los aspectos en donde las proclamaciones iniciales de buena voluntad por parte del Obama recién elegido no han dado resultado. Ni los norcoreanos ni los mullahs iraníes han querido aceptar la mano tendida que desde la Casa Blanca se les hacía llegar. Ambos casos subsisten como potenciales casos de conflagración y conflicto y es previsible que en su torno se tejan o destejan no pocas de las preocupaciones americanas y de la comunidad internacional en los próximos años. Son tanto causa como efecto de las limitaciones de la bienintencionada multilateralidad. Solo una renuncia norcoreana a su arma nuclear y un anuncio iraní abandonando la carrera para conseguirla podría considerarse como resultado satisfactorio para las interminables y hasta ahora improductivas rondas de conversaciones y negociaciones. El recientemente elegido

presidente de Irán Hasan Rohani, generalmente tenido por “centrista” y “moderado” ha suscitado algunas esperanzas occidentales en el sentido descrito, sin que todavía quepa certificar su autenticidad. Y Corea del Norte, bajo la égida del joven Kim Jong Un, tan dado a la truculencia y a la amenaza como su padre y su abuelo, no ha desaprovechado ya los primeros pasos de su andadura para amenaza lanzar las habituales baladronadas –acompañadas de los habituales fuegos de artificio, que incluyen cabezas nucleares- contra los vecinos y aliados de los Estados Unidos.

En 2013 Barack Obama anunció en Berlín su intención de reducir unilateralmente el arsenal estratégico nuclear de los Estados Unidos en un tercio mientras reafirmaba su voluntad de continuar las negociaciones con Rusia, de acuerdo con los aliados occidentales, para reducir las armas nucleares tácticas en Europa. Obama también aprovechó la ocasión para recordar que en 2016 los Estados Unidos albergarán una conferencia internacional para garantizar la seguridad del material fisible en el mundo y su propósito de llegar a un tratado que prohíba la producción de tal material en el futuro cuando su objeto sea la construcción de armas nucleares. Son los aspectos más notables de un discurso que, a diferencia del pronunciado cinco años antes en la misma capital alemana, carecía de fuerza, convicción y altura retórica. Y que, de manera nada sorprendente, fue seguido por una audiencia notablemente más reducida y menos entusiasta que la que le acogió en 2008, cuando todavía era candidato a la presidencia. Es esa curva descendente en atención, calidad y fuerza la que mejor puede describir la trayectoria de la política exterior de la administración Obama ahora, cuando ya comenzado el segundo mandato la preocupación central del titular se concentrará forzosamente en el “legado” de su gestión.

En Mayo de 2010 la Casa Blanca dio a conocer la “National Security Strategy” de los Estados Unidos. Lleva un prólogo del Presidente Obama y en él se perciben las alternancias de su pensamiento a la hora de conducir la política exterior del país.

De un lado asegura que los Estados Unidos “mantendrán la superioridad militar que durante décadas ha garantizado la seguridad de nuestro país y reforzado la seguridad global”. Pero de otro lado recuerda que “las cargas del siglo no pueden recaer en

exclusiva sobre los hombros de los americanos”, añadiendo para los desmemoriados que “América no ha tenido éxito cuando ha actuado fuera de las corrientes de la cooperación internacional”. A la positiva referencia a las “antiguas alianzas que tan útiles nos han resultado” se añade la conveniencia de “construir nuevos y mas profundos partenariados en todas las regiones”. “Nuestras Fuerzas Armadas”, afirma Obama,” siempre serán la piedra angular de nuestra seguridad, pero”, escribe inmediatamente después, “nuestra seguridad también depende de nuestros diplomáticos...expertos en desarrollo...y agentes de inteligencia y policía”.

En el fondo nada nuevo. Todo depende de los énfasis. Y en ellos si se pueden rastrear elementos novedosos. Los del “obamismo”.

2. Los arcos de la crisis: “Af-Pak”; Irak; Israel y Palestina; Irán; el Norte de África y las “Primaveras Árabes”; la lucha contra el terrorismo, Mali y Bengazi.

El primer acento de cualquier política exterior se encuentra siempre en los conflictos pendientes y los Estados Unidos no son una excepción a la regla. Más bien incluso la confirman en abundancia: no hay relato de la política exterior americana en los tiempos recientes que no deba dejar noticia de la dedicación con que todo el aparato del complejo nacional de seguridad –la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Pentágono, la CIA, el resto de las agencias nacionales de seguridad e inteligencia- han debido volcarse sobre esos temas. Que si bien se mira, y desde el prisma de los intereses americanos, tienen su origen y motivación en los cambios tectónicos que el 11 de Septiembre introdujo en el comportamiento interior y exterior de los Estados Unidos. Las crisis sobrevenidas, y fundamentalmente las relacionadas con el fenómeno de las “primaveras árabes”, se sitúan en otra óptica pero comparten con las primeras un orden religioso y cultural común: también ellas se encuentran en el contexto de situaciones de inestabilidad nacidas en el contexto de algunas sociedades islámicas en el Mediterráneo y en el Oriente Medio

Obama llegó en 2008 a la Casa Blanca con intenciones explícitas para los conflictos heredados: acabar con las guerras en Irak y Afganistán; negociar con Irán la renuncia

al arma nuclear; impulsar una nueva ronda negociadora entre israelíes y palestinos; y, en el contexto de las salpicaduras de la guerra contra el terrorismo, cerrar la prisión de Guantánamo.

Las tropas americanas finalizaron su retirada de **Irak** el 31 de Diciembre de 2011. Es de todas ellas la promesa más fielmente cumplida. La guerra había comenzado con la invasión del país el 19 de marzo de 2003. Las bajas fueron cuantiosas: 4.488 soldados americanos muertos y 33.184 heridos; 318 soldados de otras nacionalidades también perdieron la vida en el conflicto, de los cuales 179 eran británicos y, entre otros, 11 españoles. Es difícil calcular el número de civiles iraquíes muertos en esos años como consecuencia de la guerra y de sus ramificaciones –entre las hay que contar las derivadas de la violencia intra sectaria- pero seguramente alcanza números altos en las decenas de miles. Igualmente complicado resulta calcular el coste total de conflicto para la economía americana, aunque la cifra que más comúnmente se adelanta al respecto oscila entre 700 mil millones y un billón de dólares.

Tanto en vidas humanas como en coste económico la guerra de Irak no ha tenido sobre los Estados Unidos y sus gentes el devastador impacto político y psicológico que en su momento significó la guerra de Vietnam. A ello indudablemente ha contribuido el hecho de que, a diferencia de entonces, las fuerzas armadas americanas están nutridas por soldados profesionales y no por reclutas de reemplazo. Pero el desgaste que en la psique nacional ha introducido un conflicto que nunca fue popular, y que parecía arrastrarse de manera interminable en el coste y en el tiempo, es indudable. Como indudable es el alivio con que el americano medio ha recibido las noticias de la finalización de los dos conflictos pendientes, el de Irak y para dentro de pocos meses el de Afganistán. El que Obama haya sido el Presidente que puso término a la hemorragia es algo que el americano medio ha tenido en cuenta y apreciado. Entre otras razones porque la maquinaria electoral de Obama se lo ha recordado, como era de esperar, con cierta insistencia.

Lo paradójico del caso es que la fecha de la retirada coincide con la que estaba fijada en el “Iraq Status of Forces Agreement” que había sido firmado por la administración saliente de George W. Bush y el gobierno iraquí en Diciembre de 2008. La

administración Obama, a lo que parece sin demasiada convicción, confiaba llegar a la renovación del acuerdo, lo que hubiera permitido la continuación de un pequeño contingente de tropas americanas en el país, dedicadas fundamentalmente a entrenamiento y seguridad, tras la retirada de las unidades de combate. Las negociaciones a tal efecto, que ciertamente encontraron gran resistencia por parte iraquí, no llegaron a buen puerto. Los Estados Unidos han dejado tras de sí un país dividido gravemente por querellas sectarias, escenario de otras batallas por la hegemonía regional y religiosa entre Irán, Turquía y Arabia Saudí y dirigido por un ejecutivo frágil e ineficiente. La multiplicación de atentados terroristas tras la marcha de las tropas americanas constituye un elemento de grave preocupación. No es difícil distinguir entre los responsables de la violencia antiguos insurgentes, elementos de Al Qaida y bandas contrapuestas de chiitas y suníes. Un cocktail literalmente explosivo. Con todo, la presencia americana en el país no es desdeñable e incluye una embajada que cuenta con más de 17.000 empleados y cerca de 5.000 “security contractors” – tanto como decir militares con ropaje civil entre los cuales habrá no pocos relacionados con las agencias de seguridad-. Pero el Irak postbélico constituye un elemento de abierta inestabilidad en la zona que con está pesando negativamente en la planificación y en la gestión del segundo mandato presidencial de Barack Obama. Y los comportamientos del gobierno iraquí, en una señal de los tiempos que se avecinan, no siempre se muestran dispuestos a compartir con el Departamento de Estado americano visiones e intereses políticos y diplomáticos.

Los americanos seguirán preguntándose durante algún tiempo si la aventura bélica de Irak valió la pena y sus dirigentes, con independencia de cuál fuera su opinión en torno al desencadenamiento del conflicto, intentarán explicar que tantas vidas y tan abundante derroche material sirvieron al menos para introducir un “modicum” de democracia en las tierras que vieron el nacimiento del profeta Abraham. No está del todo adquirida su continuidad.

La guerra en **Afganistán**, dirigida contra el país que había albergado a los responsables últimos de los ataques terroristas del 11 de Septiembre de 2011, y que contó con un amplio apoyo internacional, tanto diplomático como militar, se ha cobrado

un total de 3.233 víctimas mortales hasta finales del año 2012. De ellas 2161 corresponden a soldados americanos, 438 británicos y, entre otros, 34 españoles. Las operaciones bélicas comenzaron en Octubre de 2001. Desde 2003 las operaciones, que cuentan con una masiva presencia americana, se realizan bajo la responsabilidad de la “International Security Assistance Force”, más conocida por ISAF, forma bajo la que actúan los miembros de la NATO que han querido participar en la contienda. Cuyos costes actuales superan ya el billón 300.000 millones de dólares. Difícil es calcular el número de muertos y heridos entre la población civil, pero no es arriesgado situarlos en los números bajos de las decenas de miles.

Afganistán es el conflicto bélico en el que durante más largo tiempo han estado involucradas las fuerzas armadas de los Estados Unidos de America en toda su historia y su prolongación, como en el caso de Irak, produce fatiga e irritación, al tiempo que múltiples interrogantes, entre importantes sectores de la población americana. Habiendo inicialmente suscitado comprensión y apoyo –se trataba de buscar y castigar a los responsables del 11 de Septiembre- su continuación bajo la forma de una acción bélica de desgaste contra enemigos cambiantes y a menudo invisibles, acostumbrados a las dificultades del terreno, a la resistencia intemporal, y a los métodos guerrilleros no convencionales, ha terminado por extender la creencia de que esa guerra está perdida. Y que en consecuencia lo mejor que cabe hacer es retirarse cuanto antes, con el menor desgaste posible y sin hacer demasiado ruido. Con ello se repetiría la vieja noción convencional de que los afganos constituyen una especie inconquistable, ante cuyas características han tenido que doblegarse el Imperio Británico y más tarde el Imperio Soviético. No son pocos en aventurar que el mismo triste futuro espera al Imperio Americano.

Cuando Obama accedió a la Casa Blanca en 2008 el número total de tropas americanas en Afganistán apenas superaba los treinta mil. Cuatro años más tarde, ya reelegido, el contingente se encuentra cerca de los setenta mil. Respondiendo a las necesidades operativas tal como han venido siendo expuestas por los jefes militares, la administración Obama ha decidido la ampliación del contingente global de efectivos para asegurar al menos el principio de la derrota de talibanes y elementos asimilados y

consiguientemente la estabilidad del país y la dificultad, sino la imposibilidad, de que en él vuelvan a encontrar refugio los que tienen a los Estados Unidos y otros países occidentales como blanco preferido de sus acciones terroristas.

Las decisiones tendentes al aumento de la presencia militar en Afganistán no han sido fáciles y han enfrentado a diversos sectores de la administración entre sí y con el estamento militar, con Obama desde la Casa Blanca presidiendo una discusión complicada por la incomprensión popular y por las continuadas demandas del Congreso para proceder cuanto antes a la retirada de las tropas. Pero al mismo tiempo, y en la lógica que desde el primer momento fue la del obamismo –Irak guerra mala, Afganistán guerra buena- el Presidente tenía pocas opciones ante los planteamientos de los jefes militares, que condicionaban el éxito de sus acciones a la presencia de más tropas sobre el terreno.

Entre los mismos jefes militares ha sido patente la divergencia entre aquellos que propugnaban una táctica de “contra insurgencia”, con unas abundantes fuerzas armadas sobre el terreno, más dedicadas a la cooperación civil que al combate, y los que prefieren una acción pura y simplemente “contra terrorista”, que exige menos tropas pero más especializadas y requiere la utilización de elementos aéreos, sobre todo los no tripulados. En su segundo mandato Obama se encuentra más bien con un despliegue “contra terrorista”, quizás por la constatación que la operación de transformar a la población afgana a los principios de comportamiento democrático y occidental o es imposible o requiere de un tiempo y de unos medios con los que los Estados Unidos no cuentan. Pero en el trasfondo de las laboriosas discusiones y del complicado proceso que ha llevado a la decisión presidencial del aumento de la presencia militar se encontraba también la lógica obamiana de que había sido siempre Afganistán lo que mereció atención mientras que Irak no fue nunca otra cosa que una desviación de las urgencias reales del país, que acabó por distraer tropas y recursos de donde realmente se necesitaban. En ese contexto fue varias veces mencionada el hecho de que la persecución de Osama Bin Laden tras la derrota del régimen talibán fuera incomprensiblemente abandonada a finales de 2001, cuando la administración Bush había ya comenzado a colocar pensamientos y medios en la invasión de Irak.

El Presidente Obama mantiene su intención, anunciada ya hace en 2010, de retirar los contingentes americanos de combate de Afganistán para finales del año 2014. Pero ni él ni su administración quieren que esa retirada suponga la desaparición de la presencia militar americana del territorio tan duramente peleado durante tantos años. El temor de que el contagio talibán vuelva a hacerse con el poder del país y con él surja de nuevo la hidra terrorista bajo las siglas de Al Qaida o similares es algo que de forma evidente preocupa a la institucionalidad americana. A finales de Noviembre de 2012 el entonces Secretario de Defensa Leon Panetta manifestaba la necesidad de garantizar “una continuada presencia americana” en Afganistán más allá de 2014 con la finalidad de combatir el terrorismo, facilitar el entrenamiento y la asistencia a las fuerzas locales y reforzar la capacidad de las fuerzas de los Estados Unidos en cualquier circunstancia. Ello naturalmente llevaría a concluir con los afganos lo que no se pudo alcanzar con los iraquíes: un acuerdo sobre el estatuto de las tropas americanas, probablemente acompañado de un acuerdo bilateral de seguridad entre los dos países y otro, no menos importante entre Afganistán y Pakistán que describiría un “partenariado estratégico”. En lo que directamente afecta a y depende de los americanos, Obama centrará su esfuerzo en concluir esa red de acuerdos, que ponen de relieve tanto las dificultades del pasado como las preocupaciones del futuro. Y entre las cuales no es la menos importante el complicado carácter del Presidente afgano, Karzai, cuya vida política debería estar circunscrita al próximo término electoral, mas allá del cual caducan sus mandatos, pero que se ha revelado en los últimos años como una personalidad errática, imprevisible, voluble y dada a esquemas de gobernación que tienen un poderoso tufo clientelista y corrupto.

La tarea pendiente e inmediata es de nuevo proceder al recuento de los efectivos que, si hay acuerdo con Afganistán, podrán permanecer en el país pasada la frontera de 2014 y por tiempo que algunos fijan hasta 2024 y otros consideran debe ser indefinido. Como la presencia de tropas americanas en Alemania o en Japón tras y como consecuencia de la II Guerra Mundial. Los jefes militares, siempre tirando por lo alto, desearían contar con un total de 40.000 soldados, prácticamente los que ya estaban sobre el terreno en 2008. Fuentes civiles rebajan esas cifras hasta los 10.000 o incluso los 3.000. Naturalmente todo dependerá de la situación sobre el terreno y de las

misiones a desarrollar, pero no es difícil predecir que a esa ingrata y repetida tarea, con sus innumerables flecos, deberá dedicar Obama parte significativa de su segundo mandato si quiere efectivamente cumplir la promesa de la retirada en la forma y el tiempo previstos y de forma simultánea garantizar, cosa no baladí, que Afganistán no queda al arbitrio de una nueva y peligrosa dictadura talibán. Es decir, que los americanos se van del país de manera distinta a como hicieron los soviéticos en 1989.

Dicen que fue el diplomático americano Richard Holbrooke el que patentó la contracción **Af-Pak** para resumir e indicar la estrecha relación existente entre Afganistán, **Pakistán**, sus respectivos problemas y sus complejas relaciones. Y es que en efecto, en proceso que la política exterior americana ha descubierto aceleradamente en estos últimos años, no hay solución posible para el tema de Afganistán sin la colaboración paquistaní ni futuro para un Pakistán estable sin una solución razonable para la situación en Afganistán. El problema, entre otros muchos, es que mientras Pakistán cree tener un cierto derecho patrimonial sobre los afganos, estos, por el contrario, prefieren gestionar sus propios intereses de manera relativamente autónoma, sin excesivas tutelas o injerencias exteriores. Cuestión adicional nada pequeña consiste en la permanente obsesión, rayana en la paranoia, con que los pakistaníes contemplan siempre el mundo exterior, como si fuera el resultado de una conspiración india, y el consiguiente temor de que los rectores de Nueva Delhi traten de atraer a los afganos a su órbita, en demérito de la pakistaní. Y sin agotar el catálogo de problemas y riesgos potenciales, la naturaleza islámica de Pakistán, estado que alberga quizás lo más florido y aguerrido del islamismo fundamentalista radical de todo el mundo y cuyo afán por imponer la “sharía” se ha traducido en acciones violentas y terroristas que no han sido siempre ni en todo lugar reprimidas por las autoridades pakistaníes con el vigor y la convicción necesarios. Claro que todo tiene su historia y la de Pakistán no se puede entender sin recordar las razones de su misma existencia en la partición colonial de la India según fronteras religiosas; sin evocar su relación privilegiada con los Estados Unidos en los tiempos de la Guerra Fría, cuando la India se movía en el círculo de influencia de Moscú; sin apreciar su colaboración en la lucha contra los soviéticos ayudando junto con la CIA a los miles de voluntarios que acudían para expulsar al infiel de Afganistán—Osama bin Laden entre ellos—; y sin traer a colación en consecuencia el

oscuro resultado de historias tan contrapuestas, a las que da forma y representación el fascinante al tiempo que siniestro conglomerado constituido en torno a los servicios de inteligencia paquistaní, el mal afamado ISI, siglas de “Inter Services Intelligence”.

Estados Unidos y Pakistán han terminado por desarrollar una relación estrecha de amor-odio en la que los beneficios recíprocos acaban por superar a la tensión subyacente. Washington no puede aspirar a controlar la riada talibán en Afganistán sin una mínima cooperación por parte de Pakistán. Y los pakistaníes necesitan de los apoyos militares, económicos y técnicos para mantener la estrecha viabilidad de una economía maltrecha en un país rodeado de enemigos reales o imaginarios. Sin hacer referencia a la preocupación lógica con que los americanos contemplan la existencia de un país dirigido por instituciones frágiles y sin embargo poseedor de artefactos nucleares. Una pesadilla.

Con todo, la mejor descripción de lo que constituye la relación entre América y Pakistán se encuentra en la incursión de los “Navy Seals” americanos que el 2 de Mayo de 2011, en pleno Pakistán, acabaron con la vida de Osama bin Laden. ¿Cómo se puede describir una relación de alianza o simplemente de amistad cuando una incursión bélica que obviamente ignora fronteras y viola integridades territoriales es mantenida fuera del conocimiento del otro, por el temor o más bien la convicción de que en caso contrario sería puesta al alcance del objetivo de la incursión, del propio bin Laden o de sus acólitos? E incluso, ¿cómo cabe explicar que el fugitivo mas buscado de la tierra pasara los últimos años de su vida plácidamente instalado en la localidad paquistaní de Abbotabad, a pocas decenas de kilómetros de la capital, Islamabad, y a pocos centenares de metros de la academia militar paquistaní, sin que el todopoderoso ISI supiera de su existencia y diera razón de la misma? La historia de bin Laden no pasó sin consecuencias en las relaciones entre los dos países, que conocieron el punto mas bajo en muchos años, pero Obama, último responsable de la realización del evento y directo autor de las instrucciones para que del mismo no se diera conocimiento a los pakistaníes, acertó en sus cálculos: Osama desapareció, los pakistaníes se mostraron extraordinariamente irritados pero las relaciones no llegaron al punto de ruptura. Y es que el entramado de intereses es tan grande, por dispares que resulten sus

naturalezas, que ninguno de los dos puede prescindir del otro en momentos tan críticos e historias tan graves como la de la lucha contra el terrorismo y la posibilidad de un futuro en estabilidad en la región. Sin hablar por supuesto de las ventajas políticas y materiales que Pakistán recibe del entendimiento. Por imperfecto que resulte.

Repárese por ejemplo en la creciente utilización de los aviones no tripulados por parte de los Estados Unidos para acabar con terroristas provenientes de la militancia talibán o relacionados con Al Qaida y otros movimientos radicales islámicos. Tienen su lugar de lanzamiento en Afganistán pero la inmensa mayoría de sus objetivos se encuentran en Pakistán o en las zonas limítrofes con Afganistán. Objetivos a los que a veces no han sido ajenos los pakistaníes, interesados en la eliminación de tal o cual elemento incómodo de la insurgencia, y que en un reciente pasado fueron también apuntados desde bases americanas sitiadas en Pakistán.

En la utilización de los “drones” la administración Obama ha encontrado un método expeditivo y letal para disponer de las vidas de los terroristas que se mueven en esa tierra de nadie que es la frontera afgano pakistaní. Y los números revelan su eficacia y la regularidad de su uso en los momentos actuales. Entre 2004 y 2008, con George W. Bush todavía en la Casa Blanca, se lanzaron 52 incursiones de aviones no tripulados. Entre 2008 y Octubre de 2012, ya con Obama en el poder, el número total de incursiones se elevó a 298. Los resultados son también reveladores. El número de víctimas producidas por las incursiones sin piloto osciló entre los 384 y los 547 en los tiempos de Bush. En el primer mandato de Obama se contabilizan entre 1548 y 2620. Como se verá, los cómputos varían y entre ellos hay que introducir el de víctimas civiles, que lógicamente han dado lugar a airadas quejas por parte tanto de pakistaníes como afganos y que en general no parecen llegar al diez por ciento de los totales. Pero no existe ningún indicio de que Obama esté dispuesto a prescindir de su utilización ni que por parte de Afganistán o de Pakistán se llegue a cuestionar tan radicalmente la misma como para hacerla imposible.

Los “drones” han suscitado dudas diversas en círculos políticos, jurídicos y de inteligencia de los Estados Unidos. Para unos se trata de una versión moderna pero igualmente condenable de los “asesinatos selectivos” prohibidos en la administración

americana desde los tiempos de Gerald Ford. Para otros, fundamentalmente en los círculos de inteligencia, debería utilizarse con menos frecuencia, ya que impide detener con vida a los presuntos terroristas, anulando con ello su valor informativo. La Casa Blanca, con anterioridad a las elecciones de 2012, ha encargado la elaboración de estudios para dotar de forma jurídica discernible a la utilización del sistema, procurando con ello acallar algunas de las críticas. El estudio, encargado con cierto apresuramiento para el caso de que el elegido presidente no fuera Barack Obama, verá la luz en los próximos meses y con él una cierta reglamentación de la actividad de los aviones no tripulados. Cuya presencia en cualquier caso no dejará de hacerse presente en los cielos bajo los cuales se desarrolla alguna actividad terrorista. Es seguro, es “limpio”, no implica la utilización de soldados sobre el terreno y ha demostrado su eficacia en Afganistán y Pakistán, pero también en Yemen y en Somalia. En algún sentido es un símbolo de la política exterior oabamiana: viene de lejos, no hace ruido, es barato y permite que su dueño siga hablando de paz y cooperación.

La administración Obama ha mantenido sistemáticamente, en apoyo de la justificación legal para la utilización de los “drones”, que Afganistán y hasta cierto punto las zonas fronterizas con Pakistán son escenarios jurídicamente “bélicos” y por lo tanto, su uso podría tener un respaldo jurídico mayor desde el punto de vista del derecho internacional. Pero Somalia o Yemen no pueden ser catalogados como “escenarios bélicos” ya que son países con los que los Estados Unidos no están jurídicamente en guerra. Este matiz revela en algún punto el que suele aparecer como rasgo común en todos los presidentes estadounidenses: que los intereses de EEUU deben estar por encima de cualquier otra consideración. Es precisamente esa actitud la que suele merecer rechazo y críticas por parte de una variedad de países en todo el mundo, particularmente en Europa. Lo notable en este caso es constatar como lo que a otros presidentes no les era admitido en función de esa exigencia legal -véase George W. Bush- en otros es ampliamente tolerado -véase Barack Obama-.

Irán viene siendo un agudo dolor de cabeza para la diplomacia americana desde los tiempos de Jimmy Carter y no hay ninguna razón para pensar que deje de serlo en los tiempos que se avecinan. Obama, en su primera inauguración y mas tarde en su

intervención en la Universidad de El Cairo, quiso extender una rama de olivo al régimen islamista, con el confesado propósito de alcanzar una solución pacífica al “impasse” generado por Teherán con sus intenciones, no por negadas menos evidentes, de dotarse del arma nuclear. Los intentos de arreglo del problema se remontaban ya a los tiempos de George W. Bush, cuando los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU y Alemania se embarcaron en una interminable ronda negociadora, todavía inconclusa, para ofrecer garantías a los iraníes en sus declarados propósitos de dotarse de energía nuclear civil mientras renunciaban a la militar. En los primeros cuatro años del mandato de Obama se han multiplicado negociaciones y sanciones, pocas aquellas y cada vez más duras estas. Todos los indicadores hacen pensar que la economía iraní está sufriendo las consecuencias de las sanciones pero ninguno de ellos permite asegurar la reducción del ritmo, y menos la detención, de los trabajos para dotarse del arma nuclear.

Diversos portavoces de la administración americana, entre ellos el propio Presidente Obama, han repetido hasta la saciedad su preocupación por el tema y el carácter definitorio que conceden al mismo: la noción de que en este caso existen “líneas rojas” que no deben ser traspasadas ha sido mencionada reiteradamente. Pero, ¿cuáles son esas líneas rojas? ¿Hay que esperar a que los iraníes exploten la primera de sus armas nucleares para declararlo o bastaría con tener la certeza de que están a punto de hacerlo? Y una vez determinado que se ha ido más allá de las consabidas “líneas”, ¿cuáles serían las consecuencias? ¿Se recurriría al Consejo de Seguridad para adoptar más sanciones o incluso se solicitaría del organismo una autorización para intervenir militarmente de acuerdo con lo previsto en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas? Y en el caso de que la diplomacia multilateral no funcionara, ¿estarían los Estados Unidos dispuestos a realizar unilateralmente la acción bélica para acabar con los recursos nucleares iraníes? Y para mayor complicación, ya que los israelíes han puesto también de manifiesto la existencia de sus propias “líneas rojas” al respecto, ¿estaría dispuesto el Presidente Obama a ordenar la participación de elementos de las fuerzas armadas americanas en un ataque israelí contra las instalaciones nucleares iraníes? O en el otro extremo de los posibles supuestos, y descartadas las intervenciones militares por razones de política general y particular,

¿estarían los Estados Unidos, y de hecho el resto del mundo, dispuestos a convivir con un Irán declaradamente nuclear?

La diplomacia americana con toda seguridad se verá confrontada con estos interrogantes, antes que después, en el periodo cuatrienal abierto tras la reelección de Barack Obama. Hay que dar por supuesto su lógica predisposición a buscar por todo los medios una solución negociada donde debieran jugar la mezcla de ofertas y amenazas que hasta ahora no han dado resultado definitivo. Cabe siempre la solución del reforzamiento de las sanciones, pero como la experiencia demuestra no todos los miembros de Naciones Unidas las respetan con la misma intensidad y los iraníes están acostumbrados a buscar subterfugios para burlarlas. Y entre los cinco permanentes no es la misma solidaridad la que los Estados Unidos pueden encontrar con Francia y con el Reino Unido que con China y con Rusia. Caben amplias dudas sobre la disponibilidad de los dos últimos, e incluso alguno de los dos primeros, a conceder la autorización, mucho menos a participar, en una acción punitiva contra Teherán.

Los términos del dilema hacen de la cuestión iraní tema central en el despliegue exterior de los Estados y de su misma credibilidad. Obama, con razón, ha invertido prestigio político en su solución tanto por convicciones antinucleares como por evidentes consideraciones geoestratégicas: la bomba iraní acentuaría peligrosamente las tensiones en la región y provocaría una carrera armamentística entre los que en la zona se disputan la primacía –Egipto, Turquía, Arabia Saudí-. Por no hablar de los riesgos evidentes que el Irán nuclear significaría para el Estado de Israel. Pero en 2012 no estamos mas cerca que en 2008 o 2004 de una solución pacífica que permita a los iraníes dotarse de energía nuclear con fines civiles, como ellos dicen buscar, y una renuncia expresa a dotarse del arma nuclear.

Barack Obama ha sido el Presidente de los Estados que en la historia reciente más distancias ha marcado en su política exterior con el **Estado de Israel** y menos dispuesto se ha mostrado a intentar una negociación exitosa entre Israel y la **Autoridad Palestina**. Dejando de lado la retórica habitual de las sucesivas administraciones americanas sobre el apoyo indestructible de América a Israel -que sigue siendo la base de la aproximación al tema y que seguramente se convertiría en

línea de acción en caso de extremada necesidad- Obama ha criticado abierta y duramente la política de asentamientos israelíes en Cisjordania y mantenido con el Primer Ministro Netanyahu discrepancias privadas y públicas rara vez si alguna contempladas entre los jefes de los ejecutivos de los dos países. Fruto consciente o inconsciente de su voluntad de aproximación al mundo árabe o resultado de una convicción táctica utilizada para moderar los comportamientos hebreos, el caso es que los judíos de allí y de aquí, los Estados Unidos, miran con abierta desconfianza la política de Barack Obama sobre el tema central de las negociaciones para conseguir la existencia de dos estados conviviendo pacíficamente en el Mediterráneo oriental, el Oriente Medio. La evolución de la situación sobre el terreno, con una Palestina en realidad dividida en dos entre la Gaza de Hamás y la Cisjordania de Al Fatah, y los acontecimientos en Naciones Unidas, con el masivo reconocimiento de Palestina como Estado observador por la Asamblea General y la respuesta israelí anunciando la construcción de nuevos asentamientos, no facilita en absoluto el cumplimiento de lo que todavía hace poco tiempo, y con apoyos internacionales múltiples, se conocía como el “road map” para la solución del conflicto. Pero como muchos observadores internacionales señalaban, sería de buena lógica esperar que en el segundo y último mandato de su presidencia Barack Obama intentara activamente sentar a los contendientes en torno a una mesa y procurar al menos lo que sus predecesores sin excepciones han buscado: el arreglo definitivo de paz. En muchas ocasiones se ha quedado simplemente en la constancia gráfica de una foto y en esta los factores del problema tienen complicaciones añadidas y graves. Es evidente que el tema palestino israelí ha suscitado en Obama la reacción que muchos de sus críticos le achacan en multitud de temas nacionales o internacionales: indiferencia y lejanía, quizás inducidas por el cansancio que la cuestión suscita en cualquier espíritu alerta. Pero presiones internas y externas, que no pueden ser ajenas a las planteadas por el muy grave tema del armamento nuclear iraní, bien pudieran introducir un cambio en la actitud del Presidente y de su administración. En el Oriente Medio, palestinos e israelíes, acostumbrados a jugar con fuego, tienen en sus manos una bomba de relojería que en cualquier momento podrías estallar y en la práctica sólo los Estados Unidos, incluso en los tiempos post americanos del obamismo, tienen la capacidad para forzar a que los

dinamiteros aplacen sus rencillas y se sienten en torno a una mesa para dirimir sus diferencias. Bien es cierto que Obama puede jugar algunas de las cartas que observadores avisados le conceden: nunca, dicen, la cooperación económica, política, técnica y militar entre Estados Unidos e Israel habría sido más intensa que la conocida bajo la presidencia de Barack Obama. Desde ese punto de vista su imparcialidad no sería más que una finta buscada de propósito para aparecer como próximo a los palestinos y en general al mundo árabe y de este modo, en la aparente equidistancia, facilitar la eventual negociación. Es un escenario rocambolesco pero no de todo ajeno a las prácticas del actual inquilino de la Casa Blanca. Solo el tiempo –que ya no puede ser muy largo- nos dirá lo que de cierto puede haber en el maquiavélico diseño.

Los pronósticos parecen haberse cumplido cuando a finales de Julio de 2013 delegaciones palestinas e israelíes se sentaban en torno a una mesa en el Departamento de Estado americano en Washington para dar noticia gráfica de la reanudación de unas negociaciones que llevaban bloqueadas varios años. Tras una intensa actividad diplomática desarrollada por John Kerry –sustituto de Hillary Clinton al frente de la diplomacia norteamericana- la foto del momento revela tantas esperanzas como incertidumbres: ¿aceptarán los israelíes las fronteras anteriores a 1967 como base para la negociación definitiva?; ¿aceptarán los palestinos -en este caso solo representados por Al Fatah- reconocer definitivamente la existencia del Estado de Israel?; ¿cuál será la solución para los refugiados palestinos?; ¿cuál el status final de la ciudad de Jerusalén? Las conversaciones han comenzado bajo un signo favorable: la liberación decidida por el gobierno presidido de Benjamín Netanyahu de 104 prisioneros palestinos detenidos en cárceles israelíes desde hacía largo tiempo. No es difícil encontrar bajo esa generosa disposición la presencia de un acuciante interés: Israel necesita encontrar algún camino para el entendimiento con la entidad palestina cuando el entorno se torna por momentos cada vez más problemático. Con Egipto bajo una dictadura militar y en estado de permanente agitación, Siria en guerra civil, Jordania y Líbano desestabilizadas como consecuencia de esa guerra -en su doble versión de la afluencia de refugiados y de la presencia de bandas armadas obedientes a Hezbollah de un lado y a Al Qaida de otro-, Turquía enemistada, Irán anclado en sus ambiciones nucleares y Arabia Saudita y otras monarquías del Golfo -

fundamentalmente Qatar- interviniendo abiertamente a favor o en contra de los varios sectarismos islámicos, Israel necesita un espacio de respiración pacífica. También los Estados Unidos. Que en contra de sus iniciales aproximaciones, ha puesto en el empeño el énfasis que inicialmente parecía faltar a la Casa Blanca “post americana” de Barack Obama.

Las “**primaveras árabes**” cogieron a los Estados Unidos -a toda la diplomacia mundial- por sorpresa. Nadie ignoraba que en el amplio círculo de países donde existen mayorías árabes mas o menos islamizadas, desde Marruecos y Argelia hasta Yemen y Arabia Saudí, la mayor parte de sus dirigentes practicaban en el mejor de los casos un autoritarismo benevolente y, en el peor, formas diversas de autocracia cuya inspiración -laica o religiosa- alteraba poco las similitudes de la represión. Desaparecidos ya los tiempos en que la Guerra Fría agrupaba a los países en función de sus afinidades con rusos y americanos, y establecidos estos últimos como única gran potencia en la que confiar, razones prácticas inclinaron a los rectores de Washington, de antes y de ahora, en entenderse con el sátrapa de turno, sin que su origen religioso o laico importara demasiado, siempre que garantizara estabilidad interior y buena disposición hacia los intereses estadounidenses.

La reprobación, que ya no podría venir de un imposible apoyo al marxismo leninismo moscovita, se situaba en las capacidades respectivas para asegurar que los respectivos territorios no fueran utilizados como albergue o base de lanzamiento de los terroristas islámicos de Al Qaida y sus proximidades. Todo lo demás -derechos humanos, libertades fundamentales, Estado de Derecho- pasaba a un segundo plano. En esa perspectiva Obama había practicado durante los primeros años de su mandato una “real politik” más cruda que la de su antecesor, George W. Bush, quien al menos, con mejor buena intención que éxito, había intentado llevar el ímpetu democratizador a las masas árabes a través de su iniciativa del “Wider Middle East”. Pero como eso era “nation building” y tenía la impronta de Bush, a Obama le faltó tiempo para arrojarlo por el sumidero de la historia.

La primera y más dolorosa manifestación de esa tendencia se produjo con ocasión de la “revolución verde” iraní, cuando los partidarios de la oposición al régimen manifestaron sonoramente su protesta al conocerse el resultado de las elecciones del mes de Junio de 2009. Las protestas fueron duramente reprimidas mientras la Casa Blanca de Barack Obama y el Departamento de Estado de Hillary Clinton, mas allá de algunas menciones perifrásticas a las bondades de la democracia, evitaban cuidadosamente criticar al régimen de los mullahs o apoyar a la sufriente oposición. Los incidentes se saldaron con decenas de muertos. Era, aun sin saberlo, la primera manifestación de las “primaveras” democráticas en el Medio Oriente –ya que no árabes en este caso- pero los Estados Unidos y el Occidente, aun en su patente embarazo, no le dieron mas importancia que la concedida a unas algarabías estudiantiles. Washington indudablemente pensaba que una visible contención en la crítica ante lo sucedido serviría para engrasar las ruedas de las pendientes negociaciones sobre el arsenal nuclear iraní. No parece que los iraníes hayan pagado esa prenda.

Pero aparte de ese pequeño contratiempo, todo parecía ir bien hasta que el 17 de Diciembre de 2010 un universitario en paro que pretendía vender productos hortofrutícolas para ganarse la vida en una pequeña ciudad del norte de **Túnez** decidió suicidarse en la plaza pública rociándose de gasolina y prendiéndose fuego, como si de un bonzo se tratara, ante la repetida negativa de la policía local a permitir que realizara sus modestos planes. La dramática escena corrió como un calambre a lo largo de toda la sociedad tunecina que, tras protestas generalizadas, logró que el Presidente Ben Ali, encastillado durante 23 años en el poder, se viera obligado a dejarlo y exilarse con toda su familia el 14 de Enero de 2011.

El contagio de las manifestaciones populares tunecinas y su éxito democratizador –o al menos así fue interpretado en Occidente- alcanzó rápidamente **Egipto**. La intensidad y la frecuencia de las protestas populares contra Hosni Mubarak forzaron su dimisión el 11 de Febrero de 2011. Con algo de lentitud y no poca preocupación los Estados Unidos, a través del propio Obama, se habían sumado a la petición de relevo. Con Mubarak desaparecía uno de los tenidos por elementos básicos de la estabilidad en el Medio Oriente tal como durante decenios la había entendido y alentado la diplomacia

americana. Como en Túnez con la salida de Ben Ali, la salida de Mubarak de la presidencia de Egipto abría un periodo de incertidumbre. Que por otra parte no hacía nada más que comenzar.

Apenas unos días después, el 17 de Febrero de 2011, se registran en **Libia** las primeras protestas populares contra Muammar Gadafi, el errático coronel que llevaba rigiendo los destinos del país desde finales de la década de los sesenta del siglo XX. Pero a diferencia de sus colegas en Túnez y Egipto el estrambótico personaje decidió morir matando, abriendo un sangriento período de hostilidades contra una oposición cada vez más decidida y mejor armada. La dimensión del conflicto interesó pronto a los actores internacionales, quienes, inquietos por sus ramificaciones, uno tras otro fueron tomando partido en contra del coronel. La ONU declaró en el mes de Marzo una zona de prohibición aérea para proteger a los rebeldes. La Liga Árabe en Julio tomó abiertamente partido por los grupos de oposición a Gadafi. Los gobiernos de Francia e Inglaterra, decididos a participar militarmente en la lucha contra el autócrata libio, urgen a los Estados Unidos que haga lo mismo y Obama, en una decisión que sirve también poderosamente para describir el estilo de su liderazgo internacional, y no sin dudas previas, autoriza la presencia bélica de su país pero limitándola a elementos aéreos, de inteligencia y de control, sin poner soldados sobre el terreno. Fue una intervención decisiva pero de acorde al obamismo: aventuras exteriores las justas, lo más breves de lo que resulte posible, con el menor coste imaginable y siguiendo la línea que marquen los demás. Esa explícita renuncia a la dirección ha venido en conocerse, para alabanza de propios y crítica de extraños, como el “driving from behind”. Tiene abundantes partidarios entre americanos y los que no lo son, cansados unos de las guerras y deseosos los otros de no tener que enfrentarse a unos Estados Unidos demasiado activos. No es claro que tal disposición redunde en una mejor comprensión de los intereses americanos y de sus posibilidades. La propaganda electoral de Obama ha situado Libia en el haber de las contribuciones decisivas a la estabilidad internacional. Pero siéndolo así, ¿no había sido presentada como resultado de las peticiones que franceses e ingleses habían formulado en ese sentido, y realizada siempre desde el asiento de atrás, modestamente “driving from behind”? El caso es que Gadafi pierde finalmente la partida y es asesinado por sus opositores, en una horrible escena digna

del peor “grand guignol” mussoliniano, –quizás el que el personaje merecía- el 20 de Octubre de 2011.

El contagio llega también a **Yemen**, donde el Presidente Saleh, después de decenios al frente del poder y tras una serie confusa de acontecimientos iniciados en Enero de 2011 con las consabidas revueltas populares, se ve forzado a abandonar su puesto -y como Ben Ali a exiliarse en Arabia Saudí- en el mes de Febrero de 2012. Saleh había sido un firme aliado de los Estados Unidos en la lucha contra Al Qaida. Y el Rey Hamad en el pequeño pero estratégico emirato de **Bahréin** ve también contestada su gobernación por las manifestaciones que comienzan el Febrero de 2011 y que apenas han conseguido ser reprimidas por la policía local y por la intervención extranjera, fundamentalmente saudí: el emirato está en manos de una minoría suní que reina sobre una mayoría chiita y la inestabilidad crea una doble inquietud en los Estados Unidos. Por una parte, la de averiguar si tras las protestas chiitas no se encuentra acaso la larga mano iraní. Y por otra la lógica preocupación que merece la estabilidad de un territorio que acoge el cuartel general de la V Flota de los Estados Unidos y que ya en el año 2001 había sido declarado “Major Non NATO Ally” de los Estados Unidos. De la situación en Yemen Washington ha dicho poco. De la conocida en Bahréin nada.

Capítulo aparte y especial merece la situación en **Siria**, donde el contagio de las protestas se manifestó por primera vez el 15 de Marzo de 2011 en protestas contra el régimen de Bashar Al Assad para derivar mas tarde en una abierta guerra civil de resultado todavía incierto pero que al finales de 2012 se había cobrado ya las vidas de más de cuarenta mil personas. Las condenas internacionales sobre el régimen sirio han caído desde lugares tan diversos como la ONU, los países occidentales, la Liga Árabe o la Conferencia Islámica, en una situación donde se cruzan fidelidades sectarias, intereses económicos y afanes geoestratégicos. Es patente que Irán, con el apoyo callado de Irak, y en menor medida Rusia facilitan armamento y pertrechos a las fuerzas gubernamentales. La presencia de las milicias de Hezbollah armadas y enviadas por Irán para ayudar al baqueteado presidente ha contribuido a cambiar el perfil y la suerte de la contienda, dando nuevas razones para la resistencia del régimen. Es evidente también que a los rebeldes les llegan las armas desde Turquía y Arabia

Saudí, mientras Francia e Inglaterra ofrecen elementos “no letales” –comunicación e inteligencia- y los Estados Unidos, que inicialmente facilitaron solo elementos de inteligencia, han decidido el envío a las fuerzas de la oposición de armamento ligero. Nadie, y menos que nadie los Estados Unidos, ha contemplado hasta el momento la posibilidad de una intervención armada directa, que abriría un nuevo foco bélico en la región, cuando además elementos importantes de la comunidad internacional como Rusia y China se opondrían vigorosamente a la misma. La sensibilidad occidental por la situación humanitaria podría eventualmente desembocar en alguna medida próxima a la que en el caso de Libia permitió el derrocamiento final de Gadafi. Pero incluso esa posibilidad es contemplada con la mayor cautela por parte de la administración Obama y del mismo pueblo americano.

Además, y por ello debe situarse la experiencia siria en el tiempo postrero de las “primaveras árabes”, se tiene constancia de la presencia entre los rebeldes de elementos radicales próximos o incluso integrados en las células de Al Qaida, gentes que se habrían apoderado de los armamentos semi pesados facilitados a los rebeldes por turcos y saudíes. A la cautela con que se recibe tal constatación se debe sumar la misma evolución de los países que han conocido la experiencia, todos ellos sin excepción regidos por mayorías islamistas tras las elecciones y todos ellos sumidos, en grado diverso de profundidad, en inestabilidad y caos. Todos ellos además permeados por un patente y violento antiamericanismo. El intento de llegar a las masas musulmanas que tan intensamente desarrolló Obama en la primera parte de su mandato no ha producido resultados visibles. Y la marea islamista que invade la región tras las “primaveras” y las consecuentes elecciones plantean un problema delicado a la diplomacia americana y en general a la de los países occidentales: por vías razonablemente democráticas llega al poder una fuerza que profesando el Islam como guía cívico religiosa reclama la titularidad absolutista de las adhesiones populares sobre bases ideológicas, políticas y sociales radicalmente distintas a las conocidas y seguidas en el Occidente. El reto es imponente y el Presidente Obama no puede enfrentarlo solo con prédicas de tolerancia y proximidad. Lo menos que se puede prever es un tiempo de confusión y peligro, en el que harán falta dotes de flexibilidad y firmeza en dosis que sólo el inquilino de la Casa Blanca podrá medir adecuadamente.

Pero los tiempos de la Universidad de El Cairo pertenecen a un pasado que a lo mejor nunca fue y que desde luego ya nunca será. Y en la enumeración de las “primaveras” y sus consecuencias queda todavía el catálogo de los países que apenas las han conocido –como Jordania, donde ya se han producido manifestaciones contra el Rey-, Marruecos y Argelia, donde sólo leves indicios permiten adivinar que algo se está cociendo. Y Arabia Saudita, Kuwait y el resto de los emiratos -donde poco o nada ha ocurrido hasta ahora-. ¿Son todos ellos inmunes al contagio o cabe esperar que más tarde o más temprano también les alcancen los efluvios? ¿Qué podría hacer la diplomacia americana si la inestabilidad anti gubernamental se instalara en esos países? No sería de extrañar que Obama y sus asesores dedicaran una parte significativa de su tiempo a averiguarlo.

Mientras tanto el bucle de la intervención militar en Egipto abre un nuevo e incierto capítulo en el truncado recorrido de las que nunca fueron en realidad “primaveras árabes”. Poco espacio queda para que los Estados Unidos sigan contemplando el espectáculo desde el asiento trasero.

Trascurrido más de un decenio tras los atentados del 11 de Septiembre de 2001, analistas y opinión pública se preguntan en Estados Unidos, y otras partes del mundo occidental, por la realidad de Al Qaida, su fuerza real, su capacidad de golpear de nuevo, su misma existencia, No han faltado desde aquel momento momentos dramáticos ligados al terrorismo islámico -Madrid 2004, Londres 2005- ni intentos, afortunadamente frustrados de provocar de nuevo muerte y desolación en los Estados Unidos o en aviones que al país se dirigían. Y ciertamente la incidencia de las diversas manifestaciones del terrorismo de esa raíz en sus acciones contra hermanos de fe aunque sectarios disidentes, han regado de sangre las calles de ciudades en Irak, en Siria, en Pakistán, en India, por no hablar de los atentados perpetrados contra fieles e iglesias cristianas en Nigeria y en Egipto o los siempre recurrentes, aunque menos numerosos, que deben soportar los israelíes. Siempre quedará la duda de si Al Qaida renace o muere, si es una organización o simplemente una inspiración, si en definitiva la inmensa alarma que los atentados del 11 de Septiembre sembraron en los Estados

Unidos y en todo el mundo occidental sigue estando justificada o por el contrario merece ya una reevaluación política y operativa.

La administración Obama en este su segundo periodo querría pasar la página de la lucha contra el terrorismo –otra de las herencias de George W. Bush- para situarla en una perspectiva menos dramática y mas sometida a la normalidad de los procedimientos y leyes civiles del país. Frustrado el primer intento de cerrar Guantánamo por la oposición del Congreso a recibir en cárceles continentales americanas a los terroristas detenidos en la base cubana, hoy se reabre el tema de su, al menos, reducción, afirmando que gran parte de los ciento sesenta detenidos que llevan ahí más de diez años pueden ser perfectamente tratados por la jurisdicción civil y eventualmente vigilados en los sistemas aplicados a los presos necesitados de máxima seguridad. Todo ello bajo el argumento –que tan agradable puede resultar a los oídos del electorado- de que Al Qaida está en desbandada. Sobre todo, cabría añadir, tras y como consecuencia de la eliminación de Osama bin Laden.

Es esa lógica la que explica las confusiones en que la administración Obama ha caído a la hora de explicar los ataques que el 11 de Septiembre de 2012 acabaron en la ciudad libia de Bengazi con la vida del embajador americano en Libia, Christopher Stevens, y tres funcionarios americanos más –dos de ellos relacionados con la CIA-. Si se acepta la teoría de que Al Qaida ya no existe, tiene sentido la explicación de que el desgraciado incidente fue el producto de una manifestación espontanea que deseaba poner de relieve su malestar por la difusión a través de “You Tube” de un video con origen en los Estados Unidos en el que se denigraba la figura del Profeta Mahoma. Si por el contrario, como parece que así fue y la administración Obama no quiso reconocer, los atentados mortales no fueron resultado de una acción espontánea sino producto de una cuidadosa planificación en la que habría participado Al Qaida y sus asociados, la organización no está muerta y la narrativa oficial no coincide con la realidad.

En la misma perspectiva debe ser colocada la situación en el norte del **Mali**, en la práctica desgajado del sur desde Abril de 2012, y en donde era manifiesta la agrupación de terroristas de diversos orígenes que bajo el nombre genérico de Al

Qaida del Magreb Islámico extorsionaban, secuestraban y mataban a propios y extraños, extendiendo una ola de inseguridad e inestabilidad a los países vecinos y provocando la alerta en la Organización de la Unidad Africana y en las Naciones Unidas. Francia había manifestado en repetidas ocasiones su preocupación por el tema y su disposición a favorecer en el envío de una fuerza multinacional, fundamentalmente africana, que interviniera para atajar la raíz del riesgo. La intervención se materializó en Enero de 2013 cuando Francia, con algún apoyo por parte de los países europeos – España y el Reino Unido entre ellos- y ayuda logística, de información y de comunicaciones por parte de los Estados Unidos envió al país un contingente de 3000 soldados que en tres meses, y con la participación de tropas malianas y de algún otro país africano, habían acabado con la rebelión, devuelto la unidad al país y al menos de momento borrado la impronta islamo/terrorista. Tropas de la ONU se han hecho cargo de la seguridad en Mali a partir del mes de Julio de 2013.

El caso de Mali es paradigmático en varios aspectos. Por una parte revela una loable voluntad política y una correspondiente capacidad militar –por limitada que esta resulte- en el caso de Francia, uno de los pocos países europeos, si acaso junto con el Reino Unido, en el que subsiste una voluntad residual de intervenir para defender intereses y principios en zonas que por razones varias puedan afectar a sus despliegues y preocupaciones. Por otra refleja al milímetro la disposición de los Estados Unidos, que aplaudió la intervención, la prestó un significativo apoyo y quedó conspicuamente sentado en el “asiento de atrás”. Y también el hecho de que sin el apoyo logístico y de inteligencia prestado por los americanos la operación difícilmente hubiera podido ser llevada a cabo. Es esta la paradoja del momento: el mundo post americano en que querría instalar Obama a los Estados Unidos sigue siendo el mundo de la potencia que Madeleine Albright, Secretaria de Estado de Bill Clinton, había calificado de “indispensable”. ¿O es que a lo mejor todavía lo sigue siendo?

Pero Mali, como Bengazi, Pakistán, Afganistán, Yemen, Siria y algún otro lugar no permiten endosar plenamente la idea de que Al Qaida haya dejado de existir o de que sus riesgos merezcan un más reposado tratamiento. Siempre será objeto de discusión este de calibrar con precisión los riesgos del terrorismo y la manera de hacerles frente,

pero la prudencia aconseja no darlos por enterrados. Merece la pena seguir con atención lo que de práctico o visionario existe en la que se adivina nueva aproximación de Barack Obama al tema.

3. La competición estratégica. China. El Pacífico. Rusia.

Las relaciones entre los Estados Unidos y **China** han entrado en una fase en donde la competición coexiste con la colaboración. Es patente la convicción americana de que el reto para la hegemonía está en China pero las escuelas de pensamiento no se ponen de acuerdo sobre plazos, alcances y riesgos. Tampoco sobre la dimensión de la apuesta: ¿es China para mañana o para pasado mañana? ¿Seguimos afirmando la supremacía americana o nos dejamos llevar por lo que aparece como inevitable declive? ¿Llevamos los derechos humanos a las relaciones bilaterales o lo dejamos para mejor momento? ¿Les apretamos las tuercas financieras y comerciales –como hubiera querido hacer Romney de haber ganado las elecciones- o nos guiamos más bien por la comunidad de intereses y riesgos? ¿Les dejamos en propiedad el Pacífico o afirmamos que también allí estamos nosotros, los americanos? ¿Hasta dónde llevamos la presencia militar en la zona?

No son disyuntivas nuevas en el pensamiento estratégico americano y la administración Obama, siguiendo en ello con particular énfasis lo ya iniciado por administraciones anteriores, ha optado por mantener y si cabe reforzar una postura de rotunda afirmación territorial: el Pacífico del sur-este es también una zona de tradicionales intereses americanos, allí estuvieron desde los inicios de la historia del país y allí cuentan seguir estando, con todas sus consecuencias.

El Washington de Obama, como el de sus antecesores, no podría renegar de esos intereses sin negarse a si mismo. La tupida red de alianzas establecida en la zona desde el final de la II Guerra Mundial con Japón, Corea del Sur, Filipinas, Tailandia, y Singapur entre otros –por no hablar de Taiwán- y la misma presencia soberana de los americanos en la zona explican una primera y poderosa razón para el mantenimiento de la presencia. Esa red, hecha de participaciones ideológicas, comerciales y militares,

es vital para el mantenimiento de la noción de estabilidad que los Estados Unidos han contribuido a crear en el área, con beneficiosos efectos para la estabilidad del resto del mundo. Las reivindicaciones chinas sobre el mar territorial y sus zonas económicas, presentadas en los últimos tiempos con rasgos de una indudable arrogancia frente a próximos y vecinos en el Mar de la China, han renovado para sus ribereños el interés de mantener la compañía americana, siempre un buen recurso para tiempos inciertos. El acuerdo recientemente establecido entre los Estados Unidos y Australia para desplegar en las proximidades de Darwin, en el norte del país, un contingente de 2.500 infantes de marina americanos refleja también de manera gráfica la apuesta estadounidense por la zona y por la defensa de sus intereses nacionales en ella. Esa renovada presencia militar americana—que se añade a la ya existente en Japón y en Corea del Sur— sería paralela al reforzamiento de los lazos económicos con los países de la zona —con la conspicua excepción china— a través de la propuesta de Obama de constituir una zona de libre cambio bajo las siglas del “Trans Pacific Partnership” -en el que, por cierto, participarían también algunos de los países latinoamericanos con fachada pacífica: Méjico, Colombia, Perú, Chile y Panamá-. No hace falta decir que esa presencia americana ha suscitado celos y críticas por parte de las autoridades chinas, que se sienten amenazadas por la que interpretan como voluntad americana de someterles a un cerco. No llegará la sangre al río pero los términos de la contienda, que por el momento no es otra cosa que pacífica, están muy claros: los Estados Unidos refuerzan su papel en el Pacífico del sureste confirmando con ello tendencias conocidas en la historia del país. Que la decisión tiene que ver con China es cosa de toda evidencia. Que ello supone reorientar prioridades en la política exterior americana es también notorio: la reducción de los efectivos militares americanos todavía desplegados en Alemania, aunque no suponga la reubicación de todos sus números en el Lejano Oriente, es también prueba fehaciente de ello. La política exterior americana da signos con ello de no estar dispuesta a ceder gratuitamente la supremacía al que todos presumen como siguiente agente imperial.

De otro lado, y frente a los que pronostican la inmediata sustitución del poderío americano por el chino, la observación de la realidad debería introducir una cierta pausa analítica. Ha sido a finales de 2012, tal como ha sido abundantemente

publicitado por los medios chinos de comunicación, cuando un caza bombardero de la Republica Popular ha aterrizado por primera vez en un portaviones del país. No hace falta recordar las decenas de años que los pilotos americanos llevan realizando ese ejercicio, que para ellos significa una pura rutina. Y la situación de la economía china, cuyo volumen en efecto ha crecido de manera exponencial en los últimos años hasta ocupar el segundo lugar del “ranking” mundial, no ha sido del todo inmune a la crisis global y sus niveles de evolución o de distribución no tienen las mismas y espectaculares magnitudes de antaño. No es esta una carrera en la que todos decrecen menos China. Ni tampoco es esta la historia de un país ayuno de conflicto y tensiones, cuya gravedad no siempre trasciende al exterior dado el férreo sistema de controles que todavía caracteriza al régimen de Beijing. Queda algún tiempo y no pocos cambios antes de que los sucesores de Mao Tse Tung –o Mao Zedong, según la más reciente de las transliteraciones- se hagan con el cetro mundial. Los americanos, o incluso los “postamericanos” como Obama, lo saben y no se muestran dispuestos a entregar la primogenitura por un plato de lentejas.

Bien que junto a la confrontación sea imprescindible mantener la cooperación. Para los Estados Unidos es vital el papel que China pueda y quiera jugar para contener las locuras armamentísticas y agresivas de los norcoreanos. Para ambos es central el mantenimiento de unas relaciones económicas y financieras que, con todos sus altibajos, han demostrado su altamente beneficioso y mutuo carácter.

Y ambos países comparten las importantes responsabilidades de ser miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU. No siempre convergen los planteamientos de los dos países y los Estados Unidos, país internacionalmente activo y presente en todos los temas que requieren la atención mundial, encuentra en China un socio más bien pasivo, concentrado en pocos e inmediatos temas – fundamentalmente Taiwán-. Querrían los americanos encontrar en los representantes de Beijing respuestas mas favorables a sus preocupaciones sobre Irán, Siria, Corea del Norte o el control internacional de la producción y venta de armas cortas, por ejemplo, y es trabajoso conseguir algún asentimiento. Pero la diplomacia americana, y en ello la

de Obama no es una excepción, ha sabido habitualmente graduar lo ideal con lo real, sobre todo cuanto se trata de lidiar con la normalmente opaca diplomacia del que fuera Imperio del Centro. Al fin y al cabo si para los americanos se trata de afirmar y prolongar su hegemonía para los chinos se trata justamente de todo lo contrario: recordar a la comunidad internacional que ellos son los siguientes y que sus opiniones y puntos de vista no necesariamente coinciden con los de la potencia dominante. Así son las cosas. En las que por cierto los puntos de vista de la ex Secretaria de Estado del gabinete Obama, Hillary Clinton,-y ahora de su sucesor, John Kerry-, no difieren mucho de los mantenidos y expresados por la que fuera Secretaria de Estado del gabinete de George W. Bush, Condoleezza Rice.

Otra cosa son las relaciones entre los Estados Unidos y **Rusia**, le heredera de la Unión Soviética, el fracasado imperio marxista leninista cuya desaparición fue descrita por Vladimir Putin como “una de las grandes desgracias históricas de los tiempos contemporáneas”.

Rusia, evidentemente, por mucho que sus dirigentes evoquen otras realidades, no llega a ser lo que fue la URSS y su presencia en el tablero mundial dista de parecerse a la que detentó el régimen que desde Moscú, y durante setenta años, domino, oprimió y sojuzgó a millones mientras para otros tantos, y a pesar de las evidencias, encarnaba la esperanza de la revolución. Rusia es hoy un país disfuncional, anclado todavía en la nostalgia del pasado y sumido en el espejismo de un presente en donde conviven de manera incómoda el lujo capitalista, la miseria de los desheredados y el neo autoritarismo de una clase política apenas remozada desde los tiempos tardíos del sovietismo. Es además un país al que la crisis ha golpeado con fuerza y donde las importantes rentas obtenidas por la explotación de los hidrocarburos y otras materias básicas no bastan hoy para pagar deudas y equilibrar déficits presupuestarios. Esa es básicamente la medida con que los Estados Unidos estiman al que fuera su contrincante estratégico en los tiempos de la Guerra Fría.

Ocurre que esa percepción debe estar matizada por dos importantes consideraciones. La primera se refiere a la existencia de un todavía importante arsenal nuclear en manos rusas, notablemente disminuido en número del que en su momento poseyera la URSS

pero en cualquier caso el primero o el segundo, según los cálculos, de los actualmente existentes en el mundo. Para los Estados Unidos ese dato, que en los momentos inmediatamente posteriores a la desaparición de la URSS propició el envío de una significativa ayuda técnica americana para garantizar la seguridad de las armas nucleares ex soviéticas, sigue contando como elemento de ocupación y preocupación en un universo marcado por la incertidumbre en las capacidades de los actores estatales y por la búsqueda con fines terroristas por los agentes no estatales de artefactos nucleares.

De orden distinto pero no menos trascendencia es la sombra que Rusia intenta proyectar sobre los países y las regiones desgajadas de la URSS al norte y al sur de la actual federación, hoy países independientes, y sobre los cuales la dirigencia rusa querría recuperar el grado de influencia que en su momento, bajo la capa de los soviets, tuvo. Por no hacer referencia a los nunca cerrados conflictos con los territorios islamizados del Cáucaso. Los países bálticos al norte, los de Asia Central al sur, además de Georgia y Azerbaiyán en el sudoeste, mantienen con la Rusia actual relaciones por lo general marcadas por la desconfianza y por la tensión, cuando no abiertamente por el conflicto, como el que llevó al desigual conflicto entre Georgia y Rusia en Agosto de 2008. Sin dejar de recordar que al oeste los países independientes que formaron parte de Pacto de Varsovia –Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumania, la República Checa y Eslovaquia- guardan en diversas medida amarga memoria y siempre renovado temor a los que en su momento se denominaban soviéticos y hoy se llaman rusos.

George W. Bush, que, como más tarde Obama, intentó al principio de su mandato mantener con el país heredero de la URSS relaciones de confianza y cooperación, acabó patrocinando con la Rusia postsoviética de Putin otras muy diferentes, marcadas por el desagrado y, cuando se terciaba, por el desafío. Los Estados Unidos apoyaron abiertamente a Georgia en su conflicto con Rusia y, para que no quedara duda de cuáles eran los sentimientos de la Casa Blanca, Washington anunció que en el nuevo despliegue del “escudo antimisiles” –reedición de la “guerra de las galaxias” de los tiempos de Ronald Reagan- un conjunto de diez interceptadores se instalarían en

Polonia, en territorios no lejanos a la frontera con Rusia. En el mismo esquema entraba el despliegue de un complejo sistema de radares en la República Checa. El propósito anunciado era el de responder tempranamente a los ataques nucleares que pudieran provenir de Corea del Norte o de Irán, pero la explicación no convenció a nadie, y menos que nadie a los rusos, que vieron en la medida un gesto provocador dirigido contra sus propios despliegues nucleares.

Barack Obama, en un signo adicional de su voluntad de no seguir las pautas diplomáticas de su antecesor, introdujo pronto en su primer mandato un cambio significativo de tono en las relaciones con Rusia, sometidas a los que gráficamente se llamó el “reset button”, un nuevo comienzo. Su primera manifestación fue la firma del Acuerdo denominado -de manera también gráfica- “New START”, destinado a reemplazar el anterior acuerdo de limitación de armas estratégicas que había caducado pocos meses antes, y que suponía una reducción de 1.500 cabezas nucleares sobre las anteriormente existentes. El nuevo cómputo quedaría para los americanos en 1.700 y para los rusos en 2.200.

Empezar de cero, o casi, llevó también a los americanos, con el evidente deseo de complacer a los rusos, a la reconsideración del sistema de interceptadores cuya instalación estaba prevista en Polonia para el año 2010. Después de unas agrias negociaciones con los polacos, a los que ya había costado aceptar los despliegues iniciales, Varsovia se plegó a los deseos americanos que luego transformaron la propuesta inicial en la instalación de una batería de misiles “Patriot” para cumplir las misiones asignadas a los interceptadores y en el despliegue en territorio polaco de un destacamento americano de la fuerza aérea, que comenzará a instalarse en el año 2012. El resultado no ha sido demasiado brillante. Los polacos se han sentido abandonados por los americanos ante un eventual conflicto con los rusos y estos siguen sin mostrarse satisfechos por el cambio, estimando que los “Patriot” siguen estando dirigidos contra los misiles rusos y no contra los iraníes. Lo cual es posiblemente cierto.

El tono de la voluntad de aproximación americana a Rusia lo dio involuntariamente el Presidente Obama cuando el 26 de Marzo de 2012, con ocasión de la cumbre nuclear

que tenía lugar en Seúl, durante la celebración de la cumbre sobre seguridad nuclear que había propiciado el Presidente de los Estados Unidos, en una conversación informal con el todavía presidente Medvedev, que fue inadvertidamente recogida por los micrófonos de la prensa, le dijo que después de las elecciones de 2012, y presumiendo su victoria en ellas, “tendría más flexibilidad”. Se supone que para complacer a los rusos en el tema de los despliegues antimisiles. La conversación fue recogida con sorpresa no exenta de espanto en los medios republicanos del país y desde luego en los países de Europa Central que habían formado parte del Pacto de Varsovia. Fáciles de imaginar fueron las reacciones polacas. Pero previsible suponer que ahora, instalado ya en el segundo mandato, proseguirá apretando el botón del nuevo comienzo. Es difícil imaginar hasta donde piensa llegar en su política de buscar componendas con los rusos. Nada difícil por el contrario es prever que el afecto pro americano de los países de Europa Central, siempre grande y esperanzado, no se verá aumentado con ello. ¿Valía la pena sembrar desilusión en aliados tan fieles?

En el trato que los americanos dispensan a los rusos no hay temor ni competencia por la igualdad, como existe con los chinos, sino una manifiesta displicencia, fácilmente dada a la concesión de prendas que poco significan pero que contribuyen a limar las asperezas en una relación siempre conveniente. La presencia de Rusia en el Consejo de Seguridad es también algo a tener en cuenta en esta perspectiva, aunque en la práctica, y mas allá de los buenos tonos de la conversación, Rusia sigue comportándose como un difícil compañero de viaje: ni en Siria, ni en Corea del Norte ni en Irán se pliega fácilmente a los ruegos, sugerencias u opiniones de los americanos. Por no mencionar el espinoso caso de Edward Snowden, el técnico de la National Security Agency que al desvelar el masivo esquema de escuchas conducido por la agencia ha puesto gravemente al descubierto aspectos fundamentales de la seguridad de los Estados Unidos. La concesión de un asilo temporal ruso al electrónico infiel ha sido recibida con abierto desagrado por parte de las autoridades americanas y seguramente pesará en el desarrollo inmediato de las relaciones entre los dos países. La primera consecuencia no se ha hecho esperar: la Casa Blanca ha cancelado la reunión entre Obama y el Presidente ruso Vladimir Putin que hubiera debido tener lugar el Septiembre de 2013 en Moscú, con ocasión de la reunión de los integrantes del G20,

Como fácilmente se puede observar, el “reset button” de Barack Obama no ha producido en el Kremlin todos los efectos que de él se esperaban. Más bien al contrario. Si en ello consistía la señal que Barack Obama deseaba lanzar como indicación de que las relaciones con Rusia serían distintas y mejores de lo que habían sido con George W. Bush el resultado puede ser calificado de desalentador.

4. Las zonas traseras. Europa. América Latina. África.

No hay una voluntad de descalificación en la utilización del término “traseras” sino simplemente un propósito descriptivo: con sus claras diferencias, Europa, América Latina y África, exentas actualmente de conflictos graves o generalizables, merecen una atención residual por parte de la diplomacia de los Estados Unidos.

En el caso de **Europa**, donde desde hace años existe el temor de que el Pacífico acabara por absorber los mejores esfuerzos de los Estados Unidos en perjuicio de los en su momento prestados al Viejo Continente, la profecía se ha realizado a sí misma, en un contexto donde la crisis y la división interna de los miembros de la UE han reducido su capacidad de interlocución o relevancia en las relaciones con Washington. Nadie podría deducir de ello que los americanos no presten a las relaciones con los países europeos, en su doble versión de miembros de la UE y/o de la OTAN la atención que debe merecerles el núcleo más duro y fiel de sus alianzas y el más grande de sus intereses comerciales. Pero en las actuales circunstancias, esas relaciones no sufren tensiones visibles, más allá de las derivadas de las distintas fórmulas aplicadas a ambos lados del Atlántico para atajar los efectos de la depresión financiera y económica y de algunos desacuerdos circunstanciales sobre despliegues estratégicos o votaciones en foros multilaterales. Por ejemplo, el voto negativo de Alemania en el Consejo de Seguridad cuando se debatió y aprobó la intervención en Libia. Por ejemplo, la división mostrada por el grupo de los 27 en la votación en la Asamblea General de la ONU de la propuesta para admitir a Palestina como Estado observador. Por ejemplo, la evidente falta de recursos para la defensa en la mayor parte de los miembros de la OTAN. Aunque, en el lado positivo, haya que reconocer, y

los americanos así lo hacen, la importante contribución prestada por un número significativo de miembros de la OTAN –España entre ellos- al esfuerzo aliado de la ISAF en Afganistán.

Pero la diplomacia americana, ahora con Barack Obama como antes con sus predecesores, sigue sin entender la compleja maquinaria decisoria de las instituciones europeas, que interpretan como falta de eficacia y pérdida de tiempo. Cuando Barack Obama decidió no participar en la cumbre anual UE- Estados Unidos, que debía celebrarse en Madrid en 2010, no lo hizo como desaire al Presidente del Gobierno español Rodríguez Zapatero sino como consecuencia del cansancio que el año anterior le había producido tener que asistir al rosario de 27 intervenciones de los respectivos jefes de estado y de gobierno comunitarios, en parecida ocasión. O, desde otro punto de vista, no se trataba de un problema de tiempo sino de atención: el Presidente de los Estados Unidos no estimaba interesante lo que los 27 pudieran comunicar. ¿Hubiera sido su actitud la misma si se hubiera tratado de una reunión de jefes de estado y de gobierno de la zona del Pacífico?

Para Washington la pregunta que Henry Kissinger se hizo hace más de tres decenios para inquirir cual era el teléfono del responsable de la política exterior de Europa hoy sigue teniendo validez y ello conduce a primar las relaciones bilaterales sobre las multilaterales. Hace todavía pocos años se especulaba sobre la reticencia que los americanos podrían mostrar hacia la eventual rivalidad que llegaría a encarnar una Europa unida. Nadie hoy recurriría a esa especie y muchos piensan que incluso en sus adelantos institucionales la Europa de los 27, meritoria como es, no pasa de constituir la representación de un continente en decadencia. Hoy menos próspero que antes, es cierto, pero siempre pacífico y razonablemente aliado con los valores y con los intereses de los Estados Unidos. Frente a esa realidad la diplomacia americana, antes de Obama y con él y seguramente después de él, piensa que basta con mantener una conspicua atención a lo que pasa en Bruselas mientras se cultiva la red de fructíferas relaciones bilaterales. Entre las que naturalmente siempre descuella la muy especial mantenida con el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte. ¿Para qué más?

Y sin embargo un importante punto de inflexión se ha producido en Julio de 2013 con el inicio de las negociaciones entre los USA y la UE para acordar un Tratado de Libre Comercio entre ambos. No serán esas unas negociaciones fáciles ni cortas pero su misma existencia revela una sana constatación por ambas partes: la solidez y la viabilidad de las relaciones económicas entre las dos orillas atlánticas son fundamentales para dotar de futuro a la prosperidad y al crecimiento en el área. Tanto más cuanto que americanos y europeos siguen experimentando los efectos de la crisis del 2008 y querrían por todos los medios contar con los instrumentos necesarios, incluyendo los financieros, para intentar al menos evitar que situaciones parecidas se reproduzcan en el futuro. Y es que, a pesar de todos los recientes vaivenes, la economía transatlántica sigue siendo la más grande y rica del mundo, representando el 50% del PIB mundial en términos de valor y el 41% en términos de compra. La UE acumula el 22% del PIB mundial y absorbe la cuarta parte del consumo global. Es la mayor entidad exportadora del mundo, la mayor proveedora y receptora de inversiones directas entre todas las regiones del mundo, mientras que los Estados Unidos siguen siendo con diferencia la economía mayor y mas productiva del mundo y la economía nacional que mas inversión directa extranjera atrae: 227 mil millones de dólares en 2011. Si la administración americana y la contraparte europea consiguieran finalizar el ingente trabajo de la negociación del Tratado de Libre Comercio euro americano antes de Noviembre de 2016, fecha de las próximas elecciones presidenciales americanas, Obama podría presumir de un importante legado histórico y el Occidente sentar las bases de sus relaciones en un gran entorno de estabilidad y esperanza.

Las **Américas**, en la óptica de las diplomacias americanas de los últimos años, no constituyen hoy ningún especial quebradero de cabeza para la política exterior de los Estados Unidos, a pesar de los Chávez/Maduro, Castro(s), Correa, Ortega, Kirchner o Morales. Ninguno de ellos, declaradamente anti yanquis a la antigua usanza, ha llegado a suponer otra cosa que no fuera una “tactical nuisance”, una molestia pasajera para el gran vecino del Norte. En **Venezuela** Chávez, ahora sucedido por un Maduro copia fiel del fallecido coronal golpista, intentó complicados movimientos de alianza con gentes tan exóticas como los libios, iraníes o rusos, en vicisitudes estrechamente seguidas por los servicios americanos de inteligencia, pero nunca podría sobrepasar

determinados límites: al final de la historia el principal cliente para el petróleo venezolano sigue siendo los Estados Unidos. Obama ha realizado un par de gestos de buena voluntad hacia **Cuba**, facilitando viajes, remesas y reuniones familiares sin que la prosecta dictadura de los hermanos Castro haya movido un dedo en la dirección de la democracia. **Brasil** tiene pretensiones imperiales y cuando menos de hegemonía regional y es quizás el país mas atentamente seguido por la diplomacia americana con el fin de buscar en lo posible sinergias y evitar enfrentamientos, pero al final de la historia las distancias siguen siendo estelares y poca la disposición de los propios latinoamericanos a dejarse conducir por este o aquel rector. Y con **Méjico**, que sí interesa de verdad a los Estados Unidos por lo que mandan la vecindad y la emigración, las relaciones parecen haber entrado en un vía de tranquila discusión de intereses y diferencias. El hemisferio, como los estadounidenses describen al territorio que comienza al sur del Rio Grande, no plantea demandas graves ni problemas especiales.

Y sin embargo los riesgos acechan: Venezuela en la práctica se ha convertido en un apéndice colonial de la Cuba castrista en Méjico se produjeron mas de sesenta mil muertos en la lucha contra el narcotráfico entre 2006 y 2012; hay claros indicios de la cooperación entre células terroristas y organizaciones criminales para aprovechar los “corredores de la droga” que conectan México y EEUU; Guatemala, El Salvador y Honduras conocen epidemias de homicidios por la delincuencia organizada; el tamaño y poder de las organizaciones criminales en los EEUU aumenta como consecuencia del tráfico de drogas, armas y personas en las Américas; Irán mantiene lazos muy estrechos con Venezuela, Cuba y Ecuador; en la triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay están actuando células de Hezbollah; China está realizando inversiones astronómicas en Perú, Chile, Colombia y Brasil. Y en definitiva quizás conviniera que la administración Obama, y en esto actuando a diferencia de las anteriores, prestara algo mas de atención a un “patio trasero” en donde, en contra de la narrativa oficial y de sus mejores deseos, sí están pasando cosas. Algunas de ellas potencialmente explosivas. No es anecdótico señalar que si alguno de los países autocalificados de “bolivarianos” decidiera recibir como asilado al réprobo Edward Snowden la reacción de los Estados Unidos, Obama incluido, estaría cargada de la más contundente de las sanciones. Una

premonición de lo mismo se pudo observar en el rocambolesco episodio del tránsito por Europa del avión de Evo Morales regresando desde Moscú a Bolivia.

El panorama continental no quedaría completo sin una mención al **Canadá**, para muchos el estado número cincuenta y uno de la Unión, con el que, más allá de divergencias ocasionales, los Estados Unidos mantienen unas relaciones de extraordinaria proximidad y cooperación en todos los sentidos. Si la administración Obama finalmente otorgara su beneplácito a la construcción de los tramos pendientes del oleoducto Keystone, destinado a transportar los productos petroleros explotados en la provincia canadiense de Alberta al suroeste de los Estados Unidos, la atmósfera podría ser calificada de idílica.

África tiene para la diplomacia americana una esperanza no siempre acompañada por la realidad en Sudáfrica, el país emergente del conjunto, y varias preocupaciones de seguridad: la derivada de **Somalia** como estado prácticamente fallido, en su doble vertiente de refugio para terroristas islámicos y para piratas; la continuada inestabilidad en **Sudán** no acallada por la división del país; y los peligros derivados del activismo separatista en **Nigeria**, con sus manifestaciones anti cristianas y sus continuos ataques a los pozos petrolíferos. Pareció que el Presidente Obama prestaría atención especial al continente del que procede la mitad de su familia pero, aparte de un temprano viaje a la costa occidental africana, y otro mas reciente a Sudáfrica y Kenia, la tierra de sus antepasados, no son visibles acciones especiales al respecto más allá de las derivadas de la política de cooperación al desarrollo que el Departamento de Estado lleva a cabo con dedicación y ahínco. Es muy ilustrativo desde ese punto de vista consultar el “Quadriennial Diplomacy and Development Report” publicado por el Departamento en 2010. Y sorprendería comprobar el notable número de jóvenes americanos que guiados por el espíritu altruista que ha constituido lo mejor de la nación siguen prestando sus servicios en el “Peace Corps” o en los servicios de las agencias especializadas. Todo ello se apunta en el haber del “soft power” por el que la administración Obama ha decidido apostar, continuando esfuerzos previos destinados a mostrar al mundo la voluntad de cooperación y ayuda que también guía las acciones de la política exterior americana.

Algún mayor énfasis parece haber dedicado la administración Obama en su segundo mandato al tema de las inversiones americanas en el continente, al fin los americanos temerosos de ser superados en ellas por los infatigables chinos, y algún delicado desencuentro explorado cuando el “progresista” presidente afroamericano encontró reticencias en los países africanos visitados a sus políticas sobre las relaciones matrimoniales entre personas del mismo sexo.

5. Una mirada hacia España.

Tuvieron España y los Estados Unidos relaciones de buen entendimiento desde los años noventa del siglo XX, pasadas las turbulencias del referéndum sobre la OTAN y la consiguiente ardua negociación del tratado defensivo bilateral, que desembocaron en otras de gran proximidad entre los años 2000 y 2004. Esa evolución favorable produjo grandes beneficios en el despliegue exterior de España y en su misma presencia política y económica dentro de los Estados Unidos, aspectos que se vieron truncados por el brusco cambio de orientación que se produjo en la política interior y exterior de España a partir de las elecciones del 14 de Marzo de 2004. Aunque nada irreparable se siguió de aquella situación –las relaciones defensivas bilaterales siguieron su curso habitual, como las de cooperación en otros terrenos, España envió contingentes militares a Afganistán en el contexto del esfuerzo conjunto de la ISAF- fue evidente la lejanía instalada en el entendimiento entre los dos países, cimentada de parte española por una manifiesta voluntad de abordar críticamente las acciones americanas con respecto al Oriente Medio, y en particular Irak, y correspondidos de parte americana por la desconfianza crecida al calor de los cambios en los humores hispanos. Medios oficiales españoles estimaron que con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca en 2008 esa situación se resolvería rápidamente, con el retorno a la proximidad preexistente, pero en realidad no ha sido así. No hay ningún indicio de que por parte de unos o de otros exista ningún plan para emprender una nueva aproximación, aunque la situación pueda ser calificada de normal a todos los efectos. Cabe incluso resaltar la decisión española de albergar en la base de Rota los elementos navales americanos que formarían parte del nuevo despliegue del “escudo antimisiles” tras los cambios habidos con respecto a lo anteriormente previsto con respecto a Polonia.

Entre tanto la evolución de la crisis y su gestión, en general por los países europeos y en particular por España, ha influido negativamente en la imagen de nuestro país en los medios públicos y privados americanos, hasta el extremo de que en las elecciones presidenciales de 2012 los candidatos se refirieron varias veces a España como modelo de lo que no había que hacer. Las noticias sobre las reclamaciones independentistas por parte de sectores nacionalistas catalanes, que han tenido también gran repercusión mediática exterior, no ayudan precisamente en ese panorama. Por más que la normalidad diplomática esté instalada en esas relaciones, en las que no dejan de constituir un factor positivo los intercambios económicos, comerciales y financieros entre los dos países, importantes en ambos sentidos, pero sobre todo muy significativos para las empresas españolas que están encontrando en territorio americano horizontes para su expansión y rentabilidad.

Existen bases sólidas para el reforzamiento de las relaciones entre los dos países. En el contexto de las relaciones bilaterales y multilaterales defensivas –España tiene una relación de aliado de los Estados Unidos a través de la OTAN- tienen gran significado para Madrid y para Washington. El entrecruzamiento de intereses económicos es cada vez mayor. Queda por encontrar un resquicio para que España, el país miembro de la OTAN y bilateralmente relacionado con los Estados Unidos a través de un tratado de defensa que tiene el más alto índice de antiamericanismo del mundo occidental, recupere el sentido de las proporciones y la noción de las ventajas que para los intereses comunes reviste el retorno de la que fue en su momento relación privilegiada. Las relaciones entre ambos países no pueden depender de quien ocupe las mansiones ejecutivas en un determinado momento sino de una comprensión exacta de los intereses mutuos a largo plazo. Para ello es conveniente desarrollar una política de proximidad en la que multiplicidad de los intereses españoles –país europeo, mediterráneo e hispanoamericano- puede ser notablemente reforzada. Los estadounidenses son buenos jugadores en el tablero de los favores mutuos e intereses recíprocos. ¿Lo sabrán ser también los españoles?

6. Dramatis personae.

Como bien se puede suponer, y la historia viene a corroborarlo, la Presidencia de los Estados Unidos concentra en su titular un gran poder de decisión. Pero no todos los titulares lo ejercen de la misma manera. Algunos -George W. Bush sería el caso más reciente- no muestran empacho en compartirlo con sus colaboradores, concediendo al Vicepresidente – el muy influyente Dick Cheney- e incluso a los Secretarios sectoriales una cierta forma de colegialidad, acompañada de la correspondiente delegación de funciones. Otros, por el contrario, prefieren controlar al máximo la realización de las funciones que la Constitución les confiere, dejando al Vicepresidente y a los Secretarios en situación subordinada y casi anónima. Es este último y claramente el caso de Barack Obama. No se le puede reprochar con ello que vulnere ningún precepto legal. En el sistema político y jurídico americano el Gabinete no puede compararse al Gobierno de nuestros países, dotado de personalidad colectiva y consiguientemente obligado en determinadas y tasadas circunstancias a comportarse de manera colegiada. El poder ejecutivo lo ostenta en solitario el Presidente y a [él](#) corresponde en exclusiva la organización y desarrollo de sus funciones.

Naturalmente cualquier liderazgo político, y tanto más si es el de los Estados Unidos, con la complejidad que supone el manejo de tan gigantesco y rico país, necesita de asesores, colaboradores, ayudantes y arúspices varios y múltiples. En el primero de los modelos, tales se encontrarán normalmente en los departamentos diversos de la administración, a los que por razones prácticas corresponderían la planificación y la ejecución de las correspondientes políticas. En el segundo de los modelos, en el que de manera natural se incluye Barack Obama, hay que buscar la fuente del poder en el mismo recinto físico de la Casa Blanca y en el entorno inmediato de los colaboradores del presidente. Subsisten los Departamentos y sus titulares y entre ellos siempre tendrán mayor relevancia los que ocupan las cuatro o cinco carteras básicas del sistema: Estado, Defensa, Justicia, Tesoro y “Homeland Security” (que los españoles incluirían en el Ministerio del Interior). Pero en el sistema Obama, y con independencia de la mayor o menor visibilidad de los titulares, el grado de influencia se mide por la

proximidad al mandatario máximo y no por la significación de las correspondientes políticas sectoriales. Tanto más cuanto que ese esquema supone situar la elaboración de las políticas, todas las políticas, en la misma Casa Blanca, convirtiendo a los departamentos sectoriales en apoyos ancilares de lo decidido por el Presidente y su entorno, cuando no abiertamente considerados obstáculos burocráticos en la realización de los proyectos. Dada la estructura de la Casa Blanca en general, y en particular la que habita Barack Obama, eso supone una atención prioritaria a la presentación y consecuencias mediáticas de cada una de las decisiones presidenciales, más que de su adecuación a las necesidades objetivas del país y de sus habitantes. Por no hablar de las inevitables consecuencias globales de unas acciones que al tener su origen en el país más poderoso de la tierra por fuerza alcanzan repercusión planetaria.

El núcleo duro de la Casa Blanca de Barack Obama está constituido desde el principio de su mandato por los fieles de los que se rodeó en sus tiempos de Chicago y que le han seguido a Washington. Entre ellos es de destacar Valerie Jarret, amiga personal de la familia, consejera política especial de Obama y fuerza determinante en las dinámicas que se entrecruzan en la mansión presidencial. Junto a ella, y aun cuando ya no esté físicamente en Washington, David Axelrod, planificador de las campañas electorales, y David Plouffe, que sigue en Washington, son los elementos determinantes a la hora de seleccionar acciones, preparar propuestas y diseñar estrategias. Entre los miembros del Gabinete sólo el titular de Homeland Security, Eric Holder, amigo próximo de Obama, puede ser incluido en esa categoría de proximidad. El de Educación, Arne Duncan, proviene también de Chicago y tiene buena relación con el Presidente, pero no alcanza el grado de intimidad e influencia del que los demás pueden presumir.

Sobre la base de ese círculo real de poder, Obama se mostró cauto y ortodoxo en la composición de su primer Gabinete. Logró convencer a Hillary Clinton para que aceptara la Secretaría de Estado, en un gesto que tenía la ventaja de mostrar magnanimidad ante la vencida adversaria pero también el evidente propósito de anular cualquier tentación opositora por parte de la popular política demócrata. El mantenimiento de Bill Gates en la Secretaría de Defensa, que ya había ocupado

durante el segundo mandato de Bush, transmitía también un mensaje apaciguador de continuidad. Al frente del National Security Council colocó al general de infantería de marina Jim Jones y en la Secretaria del Tesoro a un hombre proveniente de los círculos más influyentes de Wall Street, Timothy Geithner.

Pero en la práctica las líneas fundamentales de la política exterior, ante la manifiesta desesperación de Hillary Clinton, fueron dictadas desde la Casa Blanca y en los niveles próximos a Obama. El general Jones se vio constantemente cortocircuitado por sus inferiores, los que realmente tenían audiencia y entrada con el presidente. El Pentágono impuso una influyente lógica militar en las principales cuestiones de seguridad nacional -Afganistán y Pakistán- mucho más allá de lo que el mismo Gates hubiera aconsejado mientras que en los servicios de inteligencia se imponía también esa misma dirección.

Ya en su segundo mandato Barack Obama parece haber preferido la coincidencia entre los responsables reales y los nominales. Hubiera querido que Susan Rice, de su círculo más próximo, que había desempeñado la embajada ante Naciones Unidas, hubiera sido la Secretaria de Estado, pero su involuntaria y desafortunada participación en las explicaciones sobre el incidente que en Bengazi costó la vida al embajador americano en Libia y a tres funcionarios americanos cortaron sus ambiciones. A cambio, la ha situado al frente del National Security Council mientras que Samantha Powers, periodista de origen irlandés y proclividades radicales, es enviada a las Naciones Unidas. John Kerry, el sustituto de Clinton en la Secretaria de Estado, cuenta con un largo y respetable curriculum político y es hombre conocedor de la realidad internacional, pero su papel, en una persona con menos peso político que su antecesora en el cargo, se verá seguramente sometido a las mismas intemperancias que la señora Clinton tuvo que soportar de la Casa Blanca y sus habitantes. Chuck Hagel, antiguo senador por Nebraska, del ala moderada del partido republicano y buen amigo de Obama en el tiempo que ambos compartieron en el Senado, ocupa ahora la Secretaria de Defensa con una influencia disminuida tras un proceso largo y acrimonioso para su confirmación. Y del Vicepresidente, Joe Biden, poco o nada se

sabe, salvo que no descarta competir con Hillary Clinton para la candidatura demócrata a la presidencia en 2016.

De manera que si alguien quiere bucear en la “nomenklatura” real de la administración Obama bien haría en buscarla en los pasillos de la Casa Blanca y concentrarla en unos pocos y significativos nombres: Valerie Jarret, David Axelrod, David Plouffe, Susan Rice y Samantaha Powers. Aunque siempre será agradable mantener una interesante conversación con John Kerry en el Departamento de Estado. Si sobra tiempo para ello.

Breve bibliografía

Barbera, Rafael y Benedicto, Miguel Ángel: “Estados Unidos 3.0. La era Obama vista desde España”, Plaza y Valdés Editores, Madrid 2012.

Bergen, Peter L.:”Man Hunt: The ten year search for bin Laden from 9/11 to Abbottabad”, Crown Publishers, New York, 2012.

Klaidman, Daniel: “Kill or Capture: the War on Terror and the Soul of the Obama Presidency”, Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company, New York, 2012.

Mann, James: “The Obamians: the Struggle inside the White House to Redefine American Power”, Viking, New York, 2012.

Nasr, Vali:”The Dispensable Nation. American Foreign Policy in Retreat”, Doubleday, New York, 2013

Rupérez, Javier: “La incógnita Obama” en Cuadernos de Pensamiento Político, FAES, Madrid, Octubre-Diciembre 2010.

Rupérez, Javier:”Memoria de Washington. Embajador de España en la capital del Imperio”, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011

Rupérez, Javier:”El espejismo multilateral”, Almuzara, Córdoba, 2009

Rupérez, Javier: “La política exterior de los Estados Unidos bajo Barack Obama: análisis y prospección”, en Panorama Estratégico 2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, Madrid, Febrero 2013.

Rupérez, Javier:”La reencarnación de Barack Obama”, en Cuadernos de Pensamiento Político, FAES, Madrid, Enero-Marzo, 2013

State Department and USAID:”Leading Through Civilian Power. The First Quadrennial Diplomacy and Development Review”. Washington DC. 2010.

The White House:”National Security Strategy”, Washington DC, 2010.

Woodward, Bob:”Obama’s Wars”, Simon and Schuster, New York 2010.

Zakaria, Fareed: "The post American World. Release 2.0", W.W. Norton and Company, New York, 2011.

.